
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Lem Ryan
SANGRE BAJO LA LUNA


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERRO
SANGRE BAJO LA LUNA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

582 — *Mi bella monstruo.* Lou Carrigan.

583 — *Miedo en el Oriente Express*, Curtis Garland.

584 — *El siniestro doctor Sternberg*, Adam Surray.

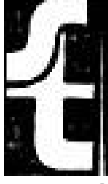
585 — *Una invitada del más allá*. Ada Coretti.

586 — *El fuego y las mariposas,* Ralph Barby.

LEM RYAN

SANGRE BAJO LA LUNA

Colección
SELECCION TERROR
n.° 587
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 28.341 -1984
Impreso en España —Printed in Spain
1. ª edición en España: septiembre, 1984
1. ª edición en América: marzo, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A*.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1984

PROLOGO

Comenzó a llover de repente. El negro cielo encapotado soltó sobre Nueva York todo el húmedo contenido de sus entrañas. En pocos minutos, el aguacero se hizo torrencial, se convirtió en una molestia inaguantable e irritante, en una densa cortina acuosa que hada imposible la visión, que rebotaba con sordo rumor en las calles asfaltadas. Cárdenos destellos abrieron la negrura, entre el repicar ensordecedor de! trueno en la distancia.

—Maldita sea —rezongó el hombre de cortos y oscuros cabellos, cuando sus ojos se posaron en el cristal de la ventana que las gruesas gotas batían casi con estrépito—. Ahora llueve...

—¿Decía usted, señor Roerich?

El aludido se volvió hacia su interlocutor, olvidando por unos instantes la fría lluvia que tanto parecía molestarlo. Estaba sentado con toda su aplastante humanidad en un gran butacón que apenas parecía capaz de aguantar su peso, junto al cálido fuego del hogar. Roerich temió que de un momento a otro el butacón se viniera abajo, dado el tamaño y peso de aquel individuo.

No es que fuera una bola de grasa. Simplemente, estaba gordo. Así, a ojo, calculó que debía pesar unos ciento veinte kilos, kilito más, kilito menos... Y su aspecto estaba muy acorde con su situación financiera. Por eso se había molestado en acudir él a su llamada, cosa que casi nunca solía hacer, salvo cuando sus clientes eran pudientes. Y eso equivale a decir que nunca...

Todo en rededor eran libros. Estanterías y más estanterías repletas de libros. Libros de todos los tamaños y colores, de cientos de autores y firmas editoras. Y los butacones. Y el hogar encendido, por supuesto. Con un día como aquél no podía bromearse.

Era la biblioteca. Su «cliente» había insistido en que hablasen allí, a salvo, según él, de
«miradas indiscretas». Y cuando dijo aquello —Roerich lo recordaba perfectamente— había soltado una risita sibilante, desagradable.

—No, nada —contestó, todavía en pie junto a la ventana. Había rehusado sentarse desde el principio, pero aceptó un delgado habano, que humeaba entre sus labios resecos—, ¿Por qué me ha llamado a estas horas de la noche, míster Ashton?

—Ya debe imaginarlo —sonrió irónico el obeso personaje, escrutándolo con sus ojillos porcinos—. Quiero contratarlo...

—Lo suponía...

—¿Y no le alegra eso? Tenía entendido que se halla en apuros...

—Es posible —asintió, visiblemente molesto, el tal Roerich. No le gustaba que le restregasen sus propios asuntos por la cara—. En todo caso, no estoy aquí para hablar sobre mí ni mis problemas.

—Tiene razón. Disculpe, Roerich… No pretendía molestarlo. Sin embargo, debe comprender que me gusta poseer toda la información posible sobre la gente que va a trabajar para mí. No quiero correr nunca el riesgo de equivocarme.

—¿Y está seguro de no haberse equivocado al elegirme a mí?

—Todo es posible, amigo mío —se encogió de hombros, como aceptando de antemano

esa posibilidad—, Pero los informes que tengo sobre usted parecen afirmar que no es así. Su historial no podía ser mejor…

—Me alegro —sonrió con dureza, mirando de reojo una vez más la ventana cerrada, la incesante lluvia—. Así se sentirá mejor cuando deba pagarme, porque soy caro…

—Le pagaré lo que haga falta y más, con tal de que lleve a cabo el asunto con éxito. Si no fuera así, no se preocupe. Cobrara de todas formas…

Ya no sonreía. Una tensa máscara de honda preocupación sustituía lo que antes era una expresión de astucia y banalidad. Intentaba ocultarlo, pero estaba inquieto.

—¿De qué se trata?

—De mi hija…

Roerich arqueó una ceja, sin entender. Ashton lo miró, asintiendo gravemente, mientras desgranaba las palabras una a una, como si le costase pronunciarlas.

—Ha desaparecido… —le entregó una fotografía. Un rostro hermoso de niña prematuramente convertida en mujer, de cabellos cobrizos, apareció ante sus ojos al mirarla—, Y quiero que usted la encuentre.

—Entiendo… ¿Tiene idea de cuántos muchachos se escapan de sus casas en Nueva York al cabo del año, señor Ashton? La cifra lo horrorizaría. Y lo peor es que la mayoría nunca vuelve…

—No me importa eso… Ni tampoco era lo que esperaba de usted. Si se ha escapado o no, y los motivos que ella tenga para hacer tal cosa, no deben incumbirle. Si acepta el trabajo, deberá limitarse a buscarla. Nada más.

—Está bien. Si ése es su deseo, sea. Con tal de que me pague… Pero le aviso de antemano que si hay un crimen detrás de todo esto mi obligación será informar a la policía o me retirarían la licencia. Los secuestros no son competencia de los detectives privados…

—Usted sólo cumpla con su obligación, Roerich. No me importa cómo lo haga, pero encuentre a mi hija… Encuentre a Nathie.

No hizo falta que se quedase mucho tiempo más allí dentro. De todo el papeleo legal se ocuparía su secretaria en su momento, una vez en la oficina, para que todos los pormenores quedasen resueltos y el contrato firmado.

Ahora, mientras salía de aquella casa lujosa y tranquila que tan importante personaje poseía en Forest Hills, en Queens, mientras caminaba bajo la lluvia torrencial y las fantasmales luces que de vez en cuando algún automóvil arrojaba sobre él desde la carretera, otras cosas ocupaban su mente. Como buen investigador privado, ponía todo su empeño en cada trabajo. Y lo mismo sucedía con este que acababa de aceptar sólo unos minutos antes.

Gruñendo algo ininteligible, se acomodó en el interior de su flamante vehículo. Estaba empapado por la maldita lluvia que no cesaba de caer. Luego, miró de nuevo la fotografía de la joven Nathalie Ashton, la muchacha desaparecida, y se preguntó dónde estaría, por qué habría marchado de su casa sin dejar rastro.

Esa era su misión, se dijo mientras hacía girar la llave de contacto: averiguarlo. Dar con ella en una ciudad hecha con millones de almas, en una nación muchísimo más grande que la vida de un hombre…

Primera Parte
¡SANGRE!

CAPITULO PRIMERO

El callejón estaba oscuro. Todo eran sombras en su interior. Y ni siquiera la luna grande y redonda que aparecía sobre los cielos neoyorquinos parecía capaz de perforarlas.

Ni siquiera ella podía. Y tal vez era lo mejor, pues hay sitios incluso en nuestros tiempos materialistas, en nuestras brillantes ciudades, en los que es mejor que nunca llegue la luz. Son lugares prohibidos, nuevos reinos de tinieblas en los que nadie debe adentrarse.

Aquel callejón era uno de esos sitios que la gente suele evitar. Sobre todo, durante las noches, que allí parecían más oscuras de lo normal, como si ocultasen cosas muertas, olvidadas. Ni los borrachos, los marginados de nuestra sociedad, los desechos humanos que se arrastran en las sombras del desprecio, se atrevían a meterse en él. Preferían los cercanos y sucios muelles del West Side, entre ratas y pestilencias insufribles, a la tenebrosa oscuridad del callejón.

Tal vez era el ambiente, ese rancio olor a olvido que se respiraba al acercarse y que repugnaba al solitario viandante. O ese instinto que ya todos creen perdido en el hombre de hoy, que despierta con supersticioso horror en lugares como aquél. O tal vez la gente recordaba cierto asesinato allí acontecido años atrás, que la policía nunca llegó a aclarar.

Sea cual fuere el motivo, aquel solitario callejón del West Side siempre estaba abandonado. Siempre..., menos aquella noche de frío otoño en que la luna se alzaba alta en el firmamento, brillante y redonda como una gigantesca moneda de plata bruñida.

Aquella noche el callejón fue hollado por pies humanos. Violaron su siniestra oscuridad une» que parecían no sentir el mudo mensaje de repulsión que a todos inspiraba, tal vez porque para algunos ellos eran igualmente repulsivos. Tal vez ellos habían nacido para es- tar en sitios como aquéllos, infectos y oscuros.

Cazadoras de negro cuero lustroso, insignias agresivas, satánicas en su mayoría, motos de gran cilindrada, potentes y ruidosas, decoradas con fantásticas carrocerías... Ropas anárquicas, caballos largos, música estridente —probablemente *Heavy*—, diálogos obscenos, droga... Todo eso se mezclaba en caótica confusión con las sombras. Su silencio se vio roto por voces quebradas, por

palabras que a veces no parecían inglesas y sí producto de una jerga indescifrable para los profanos.

Eran jóvenes, una pandilla de inmaduros gamberros motorizados, amantes del Rock

«duro», del «ácido» y las emociones fuertes, *Hell Angels* de pacotilla que hacen del vicio y la violencia sus banderas, «guerreros de autopista», como más de una vez suelen llamarse. No formaban parte de esa juventud envidiable que busca la sana diversión y la alegría de vivir pese a las adversidades, sino más bien la escoria en que se ceban los males de una sociedad corrompida, el lado oscuro de un espejo que siempre tenemos delante.

Las motocicletas estaban estacionadas allí mismo, arrancando lívidos destellos algún perdido rayo de luna en sus policromadas carrocerías. Y ellos, casi una docena de jóvenes

encuerados de negro de ambos sexos, parecían esperar algo en la oscuridad del callejón.

Uno de ellos miró hacia arriba, a los oscuros, casi invisibles cielos nocturnos que las edificaciones tapaban con espectrales sombras. Tardaría aún en amanecer, y aquel sitio podía ser un buen escondite hasta que el sol se asomase por encima de los altísimos edificios de Manhattan. Aquel lóbrego callejón lleno de basura y ratas podía ser su guarida por aquella noche, pues allí no habría peligro de interrupciones y ellos lo sabían.

Las pocas ventanas que daban al callejón sin salida estaban cegadas por completo con gruesas tablas de madera, como si la gente temiese que algo venido de allí pudiese introducirse en sus casas, como si aquél fuese un lugar maldito en el que nadie debe aventurarse. Se encogió de hombros, con una mueca desagradable torciendo su rostro, brillante a la escasísima luz a la que ya se había acostumbrado el dorado pendiente que atravesaba el lóbulo de su oreja derecha. También a él le asqueaba aquella maldita pestilencia que lo inundaba todo. Y las nauseabundas ratas que a veces rozaban con sus cuerpecillos peludos sus botas. Tal vez era sólo eso lo que temían las gentes de aquel lugar.

Bostezó ruidosamente. Sus ojos brillaron al entrever borrosamente en la oscuridad a dos de sus compañeros fornicando con desesperación casi, sin haberse despojado siquiera de sus ropas. Los demás, en su mayoría, estaban «viajando», contemplando los alucinantes paisajes que la droga creaba en sus mentes enfermizas. Se habían «picado» con heroína y ya podía decirse que no estaban en este mundo, sino en otro que ellos consideraban mejor. Sin embargo, él aún no estaba «colocado», no había llenado sus venas con toda aquella basura, pues era otros sus deseos en aquel momento.

Una de las chicas se le acercó, riendo entre dientes con lascivia. Sus ajustadas ropas no ocultaban ya sus redondeados y pujantes senos, libres de la tela que los oprimía y que parecían desafiarlo. Estaba drogada, pero también cachonda al mismo tiempo. Tan cachonda como él mismo…

No rehusó la invitación. La atrajo hacia sí con violencia, pero ella no protestó. Al contrario, lo animó a seguir con una risita queda y maliciosa, que se trocó en suspiros cuando estrujó sin delicadeza ninguna sus formas de mujer.

Poco podían imaginar aquellos jóvenes desgreñados y envilecidos la espantosa desgracia que iba a cernirse sobre ellos, mientras se solazaban con las mutuas caricias o yacían entre dimensiones de heroína y vicio. Poco podían sospechar que con su presencia había despertado un horror oculto en las ominosas sombras del sucio

callejón. Un horror que pocos hombres presenciaron y lograron salir con vida, que salía de las tinieblas en noches como aquélla para matar, para destruir…

Unos ojos rojos brillaron en la oscuridad como sangrientas y mortales luciérnagas, fijos en aquellos jóvenes que se creían amos de la noche por llevar ropas de cuero, cadenas y navajas automáticas. Un gruñido casi inaudible brotó de las sombras. Un gruñido que hablaba de terrores que la Humanidad olvidó largo tiempo atrás y que no quería volver a recordar. Un gruñido que ninguno de los allí presentes oyó, sumidos como estaban en la absoluta oscuridad de sus sentidos, en un goce que podía convertirse de pronto en sangre y muerte.

Sólo uno vio, fugazmente, aquellas dos diminutas luminarias rojizas, el perfil de la criatura que acechaba en el callejón abandonado… Con súbito terror, erizados de pronto

sus largos cabellos, vislumbró durante unos escasos instantes aquella oscura forma agazapada, la imagen misma de una muerte espantosa, tan cercana que incluso podía sentir su respiración. Y apartó de sí, con un grito, las apetecibles curvas que acariciaba un instante antes, para echar mano, probablemente, de alguna de las armas que sin duda llevaba.

Pero no lo consiguió...

Temblaron las paredes por el ensordecedor alarido de supremo terror que brotó de su garganta. Un alarido que después se quebró en un estertor de agonía, cuando la sangre escapó gozosa por una brecha atroz abierta en su garganta, manchando el negro cuero que vestía, el húmedo empedrado del callejón y la desconchada pared que había detrás.

Las sombras se tiñeron de rojo por unos instantes. Y todos los que se enteraron de que eso ocurría, los que, sobresaltados, llegaron a ponerse en pie, pues sus mentes estaban libres de las pesadas cadenas de la droga, sellaron su destino. Una muerte espantosa, rápida y escalofriante como sólo puede serlo esa clase de muerte que sorprende en los lugares olvidados y oscuros a los estúpidos ignorantes que se acercan demasiado a las cosas muertas, se ensañó aquella noche de luna llena con aquellos jóvenes.

Sólo unos pocos lograron huir con sus motos, perseguidos tal vez por las sombras, por espectros que matan... O tal vez sólo por sus propios terrores, ante la sangrienta orgía que se presentó ante sus ojos...

—¡Dios mío...!

El teniente de policía Jeff Mallory palideció intensamente al contemplar la espantosa escena. Era un hombre duro, con demasiados años a su juicio en aquel puesto y acostumbrado a ver todos los días las mil y una formas que puede adoptar el torvo jinete de afilada guadaña en una ciudad como la maldita Nueva York, donde mueren asesinadas muchas más personas de las que nacen. Y, sin embargo, jamás se había encontrado con nada parecido; nunca llegó a imaginar que semejante horror fuera posible.

La lechosa luz de las linternas iluminaba la tapiada calleja, temblorosos los haces porque las manos de quienes las sujetaban también temblaban. Había basura y porquería por doquier. Y motos de gran cilindrada, ahora manchadas de salpicaduras rojas, de sangre...

Pero no era sólo eso lo que revelaban las poderosas linternas de la Policía Metropolitana. Allí estaba el motivo por el cual vinieron, tras los alaridos que algunos vecinos aterrorizados tuvieron el valor de denunciar. O, mejor dicho, los motivos... Cuatro, en realidad. Cuatro cadáveres destrozados, mutilados horriblemente como por

una fiera salvaje, tal vez incluso devorados también, en medio de un espantoso charco de sangre.

Dominando sus arcadas a duras penas, descubrió que eran tres hombres y una mujer los muertos, aunque bien poca era la diferencia entre los cuatro, salvo las salvajes heridas que habían convertido sus cuerpos en piltrafas sanguinolentas, abiertas sus carnes, triturados sus huesos por *algo* que Mallory sólo podía imaginar como salido de una pesadilla... Sería difícil descubrir sus identidades, puesto que sus rostros, como sus cuer- pos todos, eran una mutilación atroz, una salvaje carnicería donde costillas e intestinos escaparon de su encierro, donde la carne faltaba en muchos sitios y no aparecía por ningún lado, dejando espantosos boquetes irregulares, como si ávidas fauces hubiesen

degustado aquella noche un festín espeluznante.

Miró al forense. Volvía, tan pálido o más que él mismo, después de examinar ligeramente los cadáveres destrozados a dentelladas o quién sabe con qué diabólico sistema. Los agentes procedían, mientras tanto, a ocultar tanto horror con ayuda de blancas sábanas que pronto se tiñeron de rojo. Los cuerpos ferozmente desgarrados y rotos desaparecieron de su vista, para alivio suyo, a la espera de que fuesen retirados de allí y llevados al Depósito, a los metálicos cajones de la Morgue.

—Supongo que no hará falta que le diga cuáles fueron las causas de esas muertes — suspiró el médico—. Están bien a la vista, maldita sea... Usted mismo lo ha comprobado. Como... Como la otra vez...

—Lo sé... No necesita recordármelo —gruñó el policía, tratando de apartar de su mente, sin conseguirlo, lo que sus ojos vieron un momento antes—. Pero aquello sucedió hace casi una semana, y fue una sola la víctima: una prostituía de color que «trabajaba» en Harlem... Ahora, en cambio...

—Pues no cabe la menor duda de que, fuese lo que fuese lo que los mató, sus muertes son muy similares. Es más, creo que todos ellos fueron víctimas del mis-' mo ser, sea animal sanguinario y hambriento o sádico homicida... O ambas cosas. Los desgarros han sido provocados por colmillos, por potentes mandíbulas carniceras... No ha sido ningún arma blanca, de eso estoy seguro. Y puede que después comprobemos que, efectivamente, *falta carne* en esos cadáveres, como sucedió con Sally Arnolds, la muchacha de Harlem...

—¿Está... seguro? —tragó saliva con dificultad, impresionado a su pesar—, ¿Cree que de verdad...?

—Sí.

—Pienso... que me estoy haciendo viejo, después de todo —gruñó de nuevo para sí, saliendo del callejón, donde se le hacía insoportable respirar—. Entonces, lo más probable es que los análisis den la misma respuesta que antes, que no haya ya ninguna duda...

—Estos pueden ser más esclarecedores, si cabe.

—Pues qué bien... —farfulló entre dientes, mirando en torno los edificios, los curiosos atraídos por las sirenas y las luces, más allá de los coches-patrulla y los agentes de azul—. Esto no es tarea jara un policía, sino para un cazador. ¿Dónde, en medio de esta maldita ciudad que tantos quebraderos de cabeza me trae todos los días...? ¿Dónde puedo encontrar yo a UN LOBO?

CAPITULO II

—¿Dónde...? ¿Dónde demonios estará esa muchacha? ¡Maldita sea!

Daniel Roerich resopló con creciente malhumor. No podía saber que la noche anterior, mucho antes de que el amanecer llegase a la isla de Manhattan, un teniente de policía se había hecho a sí mismo una pregunta muy similar, aunque referida a un ser muy diferente que parecía deambular a sus anchas por las grandes avenidas para sembrar el terror. Ni tampoco tenía noticias de aquellos sangrientos asesinatos ocurridos en el West Side. No era hombre que le gustase escuchar los boletines informativos cuando apenas podía mantener abiertos los ojos.

Estaba sentado tras una mesa donde se amontonaban los papeles y las carpetas abiertas; y, sobre todo ello, un teléfono. Era su despacho, en completa independencia, lejos de las grandes compañías que pretendían monopolizar su oficio, deshumanizándolo a base de las cochinas computadoras, convirtiendo al investigador en un técnico de ordenadores o poco menos... Y, además de su despacho, también era su hogar. Lo prefería así, porque su trabajo no tenía horas fijas. Podía decirse sin temor a equivocarse que dormía con su trabajo, y que en sus pesadillas se veía a sí mismo persiguiendo y fotografiando por doquiera que iba a una mujer cuyo marido lo había contratado para estar seguro de su fidelidad.

Pero le gustaba... Tal vez porque en el fondo era un romántico que pensaba que el viejo Marlowe aún no había muerto, que tal vez Bogart sigue buscando su «halcón maltes» entre las sombras del olvido. El mundo era distinto, pero él no pensaba como el mundo. Seguía pensando que había algo en aquella profesión que no tenían las demás, pese a cuantos sinsabores sufriese.

Irritado, aplastó el cigarrillo que poco antes tenía entre sus labios contra un pequeño cenicero de plástico. Llevaba todo el día anterior, y parte de la noche, buscando infructuosamente a la joven Nathalie Ashton, la muchacha desparecida que llevaba días sin dar señales de vida. Sus llamadas a hoteles, hospitales, pensiones, aeropuertos, agencias de viajes y demás, sus continuas pesquisas a lo largo de las horas de nada sirvieron.

Nathalie Ashton no aparecía...

O, lo que es peor, no daba con ella. Nueva York era demasiado grande... Pero eso podría arreglarse con tiempo, si no le daba por abandonar el estado y largarse donde sólo el diablo puede saber.

En fin, mientras le pagasen...

Desvió la mirada. La puerta de su despacho se estaba abriendo. Al otro lado del umbral, una figura se hizo visible poco a poco, unas

curvas espléndidas de mujer quedaron ante sus ojos, ocultas bajo una sencilla falda roja y un grueso jersey de lana de cuello alto. Los negros cabellos estaban sueltos, pero bien peinados, y en sus ojos sombreados había ironía mientras se acercaba.

—¿Cansado?

Roerich asintió con un gruñido, dejándose caer, vencido, en el alto respaldo del sillón.

¿Que si estaba cansado? ¡Estaba molido!

—¿Te traigo café? —se ofreció, sonriente, la mujer—, Está preparado desde hace rato.
Además, necesitas un descanso.

—Te lo agradecería, Dora, preciosa... A propósito, ¿sabes cuántas mocosas entre diecisiete y diecinueve años se parecen físicamente a Nathalie Ashton en esta asquerosa ciudad?

—¿Cuántas?

—Por ahora, más de un centenar —resopló el hombre—. Es como buscar una aguja en el inevitable pajar... Y nadie sabe dónde puede encontrarse. Ni siquiera sus amigos más allegados.

—Vaya un panorama, ¿eh? No te preocupes. Más tarde o más temprano darás con ella. Después de todo, tu único límite es la paciencia del cliente. Su paciencia... y su dinero, por supuesto.

Se alejó entre suaves risitas, perdiéndose más allá de lo que podía verse del umbral, y el detective no pudo reprimir una sonrisa, que durante unos segundos flotó en su rostro curtido sólo para desaparecer después entre las tinieblas de la preocupación que ensombrecieron su gesto.

Ceñudo, seguía pensando en la joven Nathie Ashton. Probablemente estaría pasándoselo en grande, lejos de su pesado y rico papaíto, libre para divertirse cuanto quisiera con algún amigo, mientras él y algún que otro detective más que su padre habría contratado la buscaban por toda la ciudad... Podía tratarse de un secuestro también, pero no lo creía, pues si en algún momento hubiese sospechado tal cosa, habría dejado el caso y avisado a las autoridades.

Dora, su morena y atractiva secretaria, volvió poco después con una taza de café bien cargado, negro y humeante, con poca azúcar, como le gustaba a su jefe. El detective, con gesto pensativo, repasaba cuanto tenía sobre la muchacha desaparecida, que era bien po- co. Su propio padre no la conocía todo lo que cabía esperar, y tenía muy pocos amigos, que esperaba facilitasen su trabajo.

—Te veo muy pensativo —comentó su secretaria, dejando el café sobre la mesa después de apartar un montón de papeles—. ¿Tienes alguna pista, quizá?

—Eso quisiera —sonrió sin demasiadas ganas, la verdad—, No, no tengo ni la menor idea de dónde puede hallarse. Y lo malo es que su padre quiere resultados cuanto antes. Y discreción. No desea que nadie se entere de lo sucedido, no sé si por la Prensa o porque realmente está preocupado por su hija.

—¿Y por qué has aceptado? Te conozco demasiado bien para no saber que esta clase de trabajo te repugna, que no es lo tuyo... Es trabajo de la policía, en todo caso, si se trata de un rapto. Y si no, la chica esa ya es mayor de edad y puede irse donde le apetezca. No

tiene que dar cuentas a nadie… Y menos ser perseguida por un investigador privado.

—Lo sé, Dora… Pero en las actuales circunstancias no puedo permitirme el lujo de rechazar esto, si quiero seguir pagándote el sueldo. Estamos en números rojos y lo sabes. No me gusta, pero debo hacerlo…

—Tú sabrás… —se encogió de hombros—. Yo sólo soy tu secretaria y a tu lado seguiré mientras pueda hacerlo. Me gusta mi trabajo… Y tú eres el jefe, el que manda.

—Vaya… —sonrió con ironía—. Es la primera vez en cinco años que me llamas así.

Haces que me sienta importante…

—Tonto...

—Ven aquí.

Ella lo miró y no dudó. Sin dejar en ningún momento su sonrisa rodeó la mesa y se sentó sobre las piernas del hombre, echándole los brazos al cuello. Malicioso, Roerich la pellizcó y ella, con un gritito, se aferró aún más a él.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una criatura adorable?

—Me lo dices todos los días, pero te lo agradezco igual.

Depositó un cálido beso en los labios entreabiertos y generosos de la morena, pero en seguida se separaron. Roerich se levantó entonces. Dora lo miró con sorpresa.

—¿Dónde vas?

—A ver si saco algo en claro de todo este asunto —suspiró, mientras se ponía una gabardina gris—. Tal vez tenga suerte...

—¿Y el café...?

No dijo nada más. Ni siquiera se despidió de la despampanante morena, que lo siguió con la mirada, suspirando cuando se alejó, preguntándose qué veía realmente en aquel hombre, cual sería el motivo por el que ambos seguían juntos como auténticos amigos, compartiendo a veces horas maravillosas de intensa pasión y otras un trato de camaradas que hubiese dejado perplejo a cualquiera. No consiguió darse a sí misma ninguna respuesta. Ni quiso tampoco... Así era feliz y eso era lo importante.

Y suponía que lo mismo se estaría diciendo Daniel... Sin embargo, se equivocaba. Daniel Roerich no pensaba en ella en aquel momento, sino en el caso que tenía entre manos. No era un sentimental enamoradizo. Nunca lo fue... Tal vez porque la vida, porque todo lo que había visto, toda la basura que halló en su camino, le habían endurecido el alma. Sólo había amistad, una grata amistad... Nada más.

Nada más salir del edificio vio estacionado su propio coche y hacia allí se dirigió sin el menor titubeo, encendiendo al mismo tiempo otro cigarrillo. Hacía frío. Su aliento se convertía en vaho nada más salir de la boca. El invierno estaba próximo, muy próximo, y con él llegaría probablemente la nieve hasta Nueva York. Sin embargo, aquellas nubes amenazadoras que comenzaban a oscurecer los cielos sobre la ciudad más grande del mundo no arrojarían nieve aún, sino fríos goterones de lluvia de los que no lo salvaría su impermeable.

—Maldito tiempo —bufó entre dientes, observando las oscuras formas nubosas que se extendían por encima de los altísimos edificios, sumiendo en la penumbra las antes brillantes torres de cristal que refulgían con la luz del amanecer—. Ya va a llover otra vez. Y no tardando mucho...

Se introdujo en el vehículo, cerrando tras él la portezuela. Seguía haciendo frío, pero al menos no se mojaría si comenzaba el chaparrón. Puso el motor en marcha y accionó la calefacción, pulsando un botón del *tablier*. Pronto la temperatura cambió y su interior se volvió acogedor, desapareciendo el frío como por arte de magia. El helado Jack Frost de las leyendas infantiles no podía con la Técnica inventada por el Hombre, ni con el potente motor de un automóvil.

Poco después, el rugiente coloso de metal, conducido por Roerich se alejó entre las innumerables calles, perdiéndose de vista un par de manzanas más abajo.

*
*
*

No tardó mucho en llegar a su destino, pues el tráfico por aquella zona, incomprensiblemente, aquel día era bastante fluido. Por eso llegó antes de lo que había previsto a la Calle 14.

Esperó allí mismo, dentro del coche, estacionado frente a una librería, y aprovechó para hacerse con el *New York Times* de aquella misma mañana, con las noticias aún calentitas. Y también compró un par de emparedados en un *burger* cercano, recordando que ni siquiera se tomó el café preparado por su secretaria. Tenía por delante varios minutos... Mejor aprovecharlos en el confortable asiento de su automóvil, mitigando su creciente apetito y con un ejemplar del periódico neoyorquino con mayor tiraje entre las manos.

No llovía aún. Pero el aire olía a tormenta, a fuerte aguacero otoñal, y en cualquier momento podía comenzar. No le preocupaba demasiado, pero sí le molestaba. La lluvia no le gustaba.

No miró siquiera las primeras páginas. Sólo sus titulares, en negra letra impresa, referidos a la guerra del Líbano, una guerra tan estúpida como todas las demás. Pero sí se interesó por uno de ¡os artículos de las páginas de sucesos, más largo de lo común, referido a una atroz matanza ocurrida en el West Side aquella misma noche. Según el periodista que lo firmaba, la policía estaba desconcertada y se hablaba de la posibilidad de que una fiera salvaje, un animal asesino, tal vez un perro enloquecido, fuese el causante, aunque el silencio oficial era absoluto.

—Un perro rabioso que mata a cuatro personas a la vez... —susurró para sí, pensativo, con la mirada fija en el artículo—. Interesante...

Recordó cierta novela de Conan Doyle, que él consideraba como una de sus favoritas. Mientras leía, rememoró casi inconscientemente algunos de los pasajes del relato del inmortal escritor y espiritista inglés, titulado *El sabueso de los Baskerville,* donde su archiconocido y legendario personaje, Sherlock Holmes, se enfrentaba a un misterio parecido al que se vislumbraba entre las líneas de aquel diario neoyorquino. Sin poderlo evitar, devoró ávidamente cuanto allí había escrito, súbitamente atraída su atención, hasta el punto de que casi llegó a olvidar el verdadero motivo por el cual se hallaba en aquella calle, tan lejos de la victoriana Baker Street.

No fue capaz después, por mucho que lo intentó, de leer la información deportiva, la única razón que le impulsó a comprar el

periódico. En su mente giraba todo lo que había leído, mezclado con las escenas descritas por Doyle, en que un perro asesino convertía en realidad la vieja maldición de los Baskerville. Conocía el West Side. Sabía cuál era el callejón donde al parecer se produjeron los hechos, pues fue también el escenario de otro crimen igualmente extraño años atrás, cuando un vagabundo fue encontrado descuartizado entre sus sombras. Y lo recordaba con especial intensidad, pues él era uno de los policías encargados del caso, que nunca se llegó a resolver.

Dobló el periódico con cuidado y lo echó a los asientos traseros. Seguía pensando en aquellos asesinatos... Sus ojos estaban clavados en un sitio concreto, al otro lado de la calle, en un portal que se abrió pocos minutos más tarde.

Por él salió una muchacha rubia, atractiva, con unos centímetros escasos menos que él mismo. Llevaba una gruesa carpeta bajo el brazo. Y un libro. Al verla, el detective sonrió con dureza, olvidando momentáneamente todo lo demás.

Abandonó el lugar que ocupaba junto al andén y circuló a corta velocidad por el asfalto, sujetando el volante con la seguridad pasmosa de un hombre que convierte la conducción en un arte, moviéndolo con auténtica delicadeza, girando ciento ochenta grados allí mismo, en el estrecho tramo de calle, para cambiar el sentido de su marcha y ponerse a la altura de la joven con aspecto de estudiante. Su velocidad era mínima.

La muchacha desvió la mirada, sorprendida, arrancada súbitamente del negro foso de sus pensamientos por el sordo ronquido del automóvil que la seguía. Pareció darse cuenta en seguida porque se detuvo, recelosa, apretando sus útiles de estudiante contra el pecho, fijas sus verde pupilas en la brillante carrocería del vehículo e incluso más allá, detrás de los reflejos que se adivinaban en los subidos cristales, allí donde parecía existir un rostro que la miraba sin disimulo alguno.

La portezuela de aquel lado se abrió. Pudo observar mejor al hombre que había en su interior, un hombre atractivo y de pelo oscuro, de unos treinta años y expresión grave. Tenía todo el aspecto de un policía, aunque muy bien podía tratarse de un conductor que iba a preguntarle por alguna calle.

—¿Karen Peters?

Ella arqueó una ceja. ¿Sabía su nombre...? Casi por instinto, ¿firmó con la cabeza, sin dejar de mirar al hombre. Se dio cuenta entonces de que el automóvil también se había detenido.

—Soy Daniel Roerich, un amigo de Nathie Ashton. ¿Puedo hablar con usted? Sólo será un minuto. Y, si quiere, puedo llevarla hasta la Universidad. Porque se dirige allí, supongo...

—Sí, allí voy —sonrió la joven, acercándose—, Pero ¿cómo sé que dice usted la verdad y es quien afirma ser?

—Tendrá que fiarse de mi palabra. Le aseguro que no soy ningún maníaco con malas intenciones. Sólo quiero hablar..., sobre Nathie.

—Está bien —suspiró, disponiéndose a entrar—. Siempre será mejor que andar sola o coger el *bus*. Además, si lo que se propone es violarme no tengo mucho que perder. Incluso puede que me dejase...

—Lo recordaré por si alguna vez me decido a hacerlo —rió el detective, divertido—. Tal vez algún día...

Ella cerró la puerta una vez acomodada en el asiento delantero. Sonreía, observándole con cierto descaro. Tal vez era cierto que no tenía mucho que perder, después de todo.

—Bien... Suéltelo, polizonte...

—¿Qué te hace pensar que soy policía? —preguntó, sin mirarla, iniciando de nuevo la marcha que le llevaría hasta Central Park y, por tanto, hasta la Universidad. Un automóvil dejó oír su claxon tras ellos, pero

Roerich no le hizo ni caso—. No te he enseñado ninguna placa, ni yo he dicho que lo sea.

¿Acaso huelo a «bofia»?

—Algo parecido. ¿Lo es, realmente?

—No, no lo soy...

—Pero tampoco es amigo de Nathie...
—No, tampoco. Pero estoy interesado en lo que pueda haberle sucedido. Como lo está su padre, que es quien me ha contratado.
—¿Detective?
—Es posible... —se encogió de hombros, sin dejar de mirar por encima del volante—, Nathie y tú erais compañeras en la Universidad. Y vivíais juntas, ¿no es así?
—Eso no es una pregunta porque usted lo sabe tan bien como yo. Eramos amigas y pagábamos el alquiler a medias, efectivamente. Nos iba bien así y por eso decidimos hacerlo.
—¿Eran muy amigas?
—Pues supongo que sí... Aunque es difícil ser amiga de esa chica. Tenía pocos amigos, incluso en la Universidad, y apenas hablaba. Era... extraña, ¿lo sabía?
—Algo me habían dicho...
—No sé dónde puede estar, ni por qué se marchó sin decir nada... Pero eso es normal en ella. Aparece y desaparece cuando le viene 'en gana, sin decir después dónde estuvo. Es una de esas personas introvertidas y poco amistosas a las que no les gusta sincerarse con nadie.
—¿Salía con algún chico?
—Pues..., sí. Empezó a salir con uno unas semanas antes de que se esfumase. No sé dónde le encontraría, pero la verdad es que era un bombón. Rubio, alto, fornido, de su edad, más o menos... En una palabra: un sueño.
—Ya veo... —su gesto no se alteró ni un ápice, atento a la conducción aunque su cerebro estuviese ocupado en otra cosa—, ¿Sabe su nombre, dónde vive...?
—Le llamaba Eric. Sólo eso: Eric. No me dijo nada más...
—¿Eric? ¿Europeo?
—Sí, tal vez holandés. O alemán, no sabría precisar. Lo cierto es que desde entonces ella comenzó a sentirse obsesionada. Se volvió incluso más rara que antes, más hermética... No me extrañaría que se hubiese marchado con él. Y, francamente, yo hubiese hecho lo mismo.
Poca información era, pero...
—Quisiera un último favor.
La chica lo miró, arqueada una de sus doradas cejas. Se estaban acercando ya a Park Avenue, la larguísima avenida que pasa justo al lado del Parque Central, el punto de destino de ambos.
—¿Y por qué habría yo de hacerle un favor?
Roerich se percató del acento irónico que había tras aquella pregunta. Sonrió a su vez, apoyando la diestra en la rodilla de la joven, acariciando su piel desnuda con suavidad.

—Porque tal vez yo me decida antes a aceptar aquella proposición tan deliciosa que usted me sugirió. Si usted me hace ese favor...

Los ojos verdes de Karen Peters destellaron. Una sonrisa sarcástica flotaba en su boca.

—No está mal... ¿Y cuál es ese favor?

—Que me invite a cenar esta noche...

Karen abrió mucho los ojos, mirándolo. Después, se echó a reír.

CAPITULO III

Encontraron el cadáver en Delano Street, una calleja asquerosa y sucia del bajo Manhattan de insuficiente iluminación y peor ambiente, pues allí sólo vivía la escoria, los desperdicios de toda una ciudad, que en nada recordaban a los otrora gloriosos tiempos de años pasados, como sucedía con el West Side o el Bronx. Lo encontraron tirado en medio de la calle, desarticulado en una posición que pese a su dramatismo no dejaba de ser grotesca.

En otro tiempo tal vez bonita. Era posible incluso que se tratase de una inocente muchacha de provincias como los miles que suelen ir cada año a las grandes ciudades en busca de sueños que luego se convierten en amarguras que suelen rumiarse en soledad, obligando a hacer cualquier cosa para sobrevivir, por humillantes y despreciables que sean. Sin culpa, sin pecado alguno más que el de soñar en un mundo que no se ha hecho para los sueños, fue víctima de la cruel realidad, del desengaño, del hambre tal vez... Y ahora, de algo mil veces más espantoso que había segado su vida con la misma facilidad con que una bota aplasta a una flor, que la había destrozado sin piedad, desgarrando y tri- turando sus carnes y huesos, dejando allí los restos de
un festín espeluznante, entre la sangre que formaba charcos con el barro de la calzada.

Ahora ya no quedaba nada de su belleza. Sólo un cadáver sanguinolento, despedazado a salvajes dentelladas. Su mano derecha, ensangrentada, se aferraba todavía al asfalto como una horrible zarpa, arañándolo incluso, mientras que la siniestra había desaparecido, como su brazo izquierdo todo, quedando sólo un muñón del que ya no brotaba sangre. La mayoría de sus vísceras fueron arrancadas del cadáver sin vida a través de las horrendas heridas, quién sabe para qué terrible destino. Y, sin embargo, era fácil de imaginar.

Fue un vehículo policial el que la halló en aquel lugar sombrío, ya inerte y sin vida, cuando efectuaba su ronda habitual por aquella zona. Y sus ocupantes, dos veteranos agentes de la ley, no se avergonzaron por vomitar allí mismo lo poco que tenían en el estómago. Lo mismo sucedió con la mayoría de los que lo vieron después.

Sólo ver aquella horrible piltrafa humana, el cadáver descuartizado e irreconocible ya de una mujer joven, roto por los feroces colmillos de un animal enloquecido, era más de lo que podía soportar un hombre. Incluso Mallory sintió que su estómago se rebelaba, como sucediera la noche anterior con las cuatro víctimas

halladas en un callejón del West Side.

Eran ya seis las muertes provocadas por aquella criatura infernal que campaba libremente por Manhattan. Seis piezas para el apetito insaciable de un animal que la ciencia, al servicio de la policía, identificaba como un lobo, un *canis lupus* vulgar como los que en otros tiempos cazaron libremente por aquellas tierras, mucho antes de que el hombre blanco la pisase, cubriéndola de cemento y alquitrán a su paso. Un lobo... La saliva y el vello adherido a algunos cadáveres no dejaban lugar a duda. Se trataba de un lobo carnicero, una bestia poseída por el ansia de la carne humana ¡suelta por Nueva York!

La noticia debía silenciarse, si no querían que cundiese el pánico.

Sin embargo, algunos

malditos periodistas ya habían comenzado a difundir rumores que sólo ellos saben captar. De eso a que la gente se pusiera histérica sólo había un paso. Y más si se enteraban de que se había hallado un cadáver despedazado en Delano Street y que todos los indicios apuntaban a un animal salvaje como presunto culpable.

Se enjugó el sudor de la frente mientras contemplaba cómo unos enfermeros subían los restos de la infortunada a una ambulancia. Para su horror, la cabeza cedió, separándose definitivamente de los demás despojos y rebotando sobre la húmeda calzada. Un escalofrío de puro espanto recorrió toda su espina dorsal y sintió arder su cerebro, fija la mirada en la horrible testa amputada a mordiscos, que no tardó en ser depositada en una bolsa negra por uno de los sanitarios, sin poder reprimir un gesto de asco.

Una vez todo dentro, mientras sus hombres inspeccionaban la zona, Mallory dirigió la mirada al cielo. La luna llena se abría paso entre las densas nubes de tormenta que seguían enturbiando la noche. Luna llena... Los lobos y la luna siempre han sido compañeros inseparables, amantes desde que el mundo ha sido mundo, en las noches de caza. Y, al parecer, ahora también.

En ese momento, la luna se borró de las alturas, tragada por la oscuridad. Un relámpago zigzagueó en el aire, sobre los monstruosos edificios de cemento, acero y cristal. Y comenzó a llover con furia.

Daniel Roerich tenía que reconocer que aquélla había sido una noche completa. No sólo porque había disfrutado de los innegables encantos de una espléndida rubia, sino también por las muchas cosas interesantes que había averiguado sobre Nathia Ashton, su compañera de cuarto, la muchacha a la que él buscaba a cambio de un suculento fajo de billetes.

Diluviaba cuando abandonó el mismo portal que vigilara aquella mañana. Los cielos descargaban su ira sobre las calles asfaltadas de Manhattan. Y el frío... ¡Qué frío! Se calaba hasta los huesos, como si los vientos de un infierno helado se hubiesen desatado sobre la Calle 14.

Con el cuello de la gabardina subido, corrió hasta su automóvil. Sin embargo, cuando llegó y pudo introducirse en él, estaba empapado. El calor que la piel joven y ardiente de Karen Peters dejó en la suya propia se había marchado y tuvo que sustituirlo por el del motor de su propio coche, al accionar la calefacción. No era un cambio muy agradable, pero sí mejor que terminar convertido en un carámbano allí mismo.

Mientras circulaba por las calles desiertas, Roerich recordó cuanto había visto en la pequeña pero acogedora pensión que compartían las dos universitarias antes de que la Ashton desapareciese. Recordó

los libros que según Karen solía leer. Libros sobre leyendas sobrenaturales, sobre demonios y criaturas que sólo la imaginación del hombre pudo inventar, sobre licantropía y similares. Y libros de biología, que hablaban todos de un mismo tema: los lobos.

Una chica extraña... Karen Peters acertó al definirla así. Parecía obsesionada por esas criaturas de poderosos colmillos y mandíbulas capaces de triturar un bate de *base-ball* sin demasiados problemas. Tal vez amaba con morbosa fascinación a esos animales de vello hirsuto y terrible hermosura a los que los indios adoraban y de los que aprendieron a cazar. O quizá los temía como a nada, por alguna razón que desconocía, hasta el punto de

que no podía retirarlos de su pensamiento.

Sin embargo, eso no aclaraba nada sobre su paradero y a Roerich no le interesaban los gustos o locuras de la Ashton, sino encontrarla. Y, aunque no había adelantado nada sobre ello, algo que encontró en su habitación removió heridas aún no olvidadas en su ce- rebro; ese algo era un periódico atrasado, un diario neoyorquino de más de una semana atrás que él hojeó. En sus páginas centrales se mencionaba un suceso horrible acontecido en Harlem... Todavía sentía erizarse el vello de su nuca al pensar en ello.

Aquel crimen se parecía demasiado a la matanza de que hablaban los periódicos de la mañana, aunque allí se decía que el autor pudo ser un sádico, un hombre, mientras que las muertes de la noche anterior parecían la obra espeluznante de una bestia sin mente, siempre según lo que había leído. Y allí, en el hogar de 1a muchacha que buscaba por orden de su padre, encontraba aquel periódico..., justo sobre un ensayo zoológico so bre el comportamiento lupino.

Curioso...

Lobos, perros enloquecidos, cadáveres destrozados... Lástima que no fuese su caso. Estaba seguro de que valía la pena investigar sobre el caso, en vez de perseguir por toda Nueva York a una niña caprichosa que huye de su padre. Pero, por desgracia, necesitaba el dinero que aquel asunto le proporcionaría y no podía meter las narices gratis, por amor al arte.

No, no podía...

Titubeó unos instantes ante el volante. No estaba lejos del West Side... Y ya era muy tarde. Unos minutos más no importarían.

No dudó más. Enfiló directamente hacia el puerto de Manhattan, en la Orilla Oeste. Apenas circulaban vehículos en la noche lluviosa. Sólo encontró en su camino unos pocos, que se cruzaron con él casi inadvertidamente. Pensaba en aquel callejón, aquel lugar oscuro y sombrío donde un par de años antes, cuando todavía llevaba consigo la brillante placa de la Policía Metropolitana, se produjo un asesinato, que por más que lo intentó no consiguió olvidar nunca.

Todavía le parecía ver aquellos restos desperdigados, aquella carnicería espantosa, lo poco que había quedado de un hombre tras lo que parecía un horror imaginado por una mente febril. Sólo su cabeza, o lo que quedaba de ella, parecía haber escapado de su destino.

Y allí estaba cuando él llegó, entre despojos ensangrentados e informes, mirándoles con los ojos desorbitados, llenas sus pupilas sin vida de mudos mensajes que hablaban de temores que sólo él había contemplado pero que no podía contar.

Nunca llegó a aclararse lo que sucedió allí. El caso seguía abierto,

por supuesto, pero la policía no supo nunca cómo empezar siquiera sus investigaciones. Estaba realmente desconcertada. Y ahora lo estaría más aún, dadas las estremecedoras similitudes con aquella serie de asesinatos que aterrorizaba a la población de las zonas donde se produjeron.

¿Podía haber alguna relación? Si era cierto todo lo que ponía en los diarios, todo parecía indicar que sí, aunque no alcanzaba ni a imaginar hasta qué punto todas aquellas muertes podían relacionarse, pues si era así el asunto se volvía más intrincado y difícil. Sería tanto como decir que aquel vagabundo muerto dos años antes y los actuales fueron

víctimas de lo mismo, fuera ello lo que fuera, y que murieron por el mismo motivo, fuera éste también el que fuera.

Apartó de su mente aquellos pensamientos. Podía ver ya el puerto más allá de las luces que llenaban las espectrales formas de los edificios. Iba a internarse ya en una de las zonas más miserables de Nueva York, donde las sombras envuelven la basura y las luces lo único que hacen es revelar la otra cara de la ciudad más grande del mundo, la contraparte de un Jano hermoso y risueño que deslumbra a cuantos le miran, sean dioses u hombres. Su noche avanzaba a moderada velocidad por las calles casi totalmente desiertas, con las luces de cruce iluminando el asfalto ante él y las viejas fachadas de los edificios, que contrastaban con la radiante majestuosidad de los altos rascacielos que había dejado atrás.

No cesaba de llover. Al contrario, arreciaba. La cortina de agua se hacía más espesa por momentos, ante el intenso chaparrón que el umbrío y hosco cielo dejaba caer sobre Nueva York. Las luces de Jersey, más allá del río, eran pálidos fantasmas blancos que la noche lluviosa enturbiaba; el resplandor azulino de los relámpagos parecía exorcisarlos, pues cada vez que el fulgor culebreante cortaba el aire desaparecían y entre la intensa lluvia se recortaban los perfiles titánicos de los rascacielos.

Dejó allí mismo el coche, entre las sombras que sólo la lluvia cruzaba. Paró el motor y apagó las luces; sólo se oía el susurrante y casi obsesivo rumor de la lluvia al estrellarse contra el suelo, contra la metálica carro- cena y los cristales del automóvil. Soltó un gruñido, como llamándose estúpido, cuando se disponía a salir. Tal vez se preguntaba la razón que le movía a coger una pulmonía entre aquellas calles infectas. Sin embargo, no dudó, diciéndose a sí mismo que era mera curiosidad y sabiendo que se engañaba, que no podía apartar de su cabeza aquel pobre hombre cuyos espeluznantes restos viera años antes.

Y salió. La lluvia le acogió con furia, golpeándole sin clemencia, y sólo el sobretodo impermeable que llevaba impidió que quedase empapado al instante. Con las solapas del cuello subidas, mojados sus cabellos, pudo caminar bajo la tormenta.

El puerto estaba ante él, callado, como encogido. El río parecía revuelto, balanceando los ligeros paquebotes y las pequeñas naves allí amarradas, lamiendo sus salpicaduras los cascos oscilantes de los barcos. Al mirarlo todo ello sintió un escalofrío, sin saber por qué, aunque lo atribuyó a la baja temperatura, a la molesta lluvia que seguía estrellándose contra su rostro y cabellos. No quiso pensar que fuera otra la causa, aunque creía en los presentimientos, en su instinto, a los que siempre hizo caso.

Llegó poco después al callejón donde se produjo la espantosa

carnicería que había saltado a todos los periódicos neoyorquinos. Sólo había oscuridad, una oscuridad, una oscuridad amenazadora, siniestra como el mismo callejón; tan siniestra casi como la leyenda que ya sin duda circulaba sobre aquel lugar, hablando del horror y la muerte alucinante que esperaban tras sus sombras.

De haber llevado consigo una linterna se hubiese internado en su ambiente lóbrego y pestilente, pero sin ella no se atrevió. Un temor atávico, impreciso y tal vez algo ridículo de hallarse en cualquier otra situación, le mantenía apartado de la negra boca abierta, como si de verdad allí se agazapase un peligro indefinible. Sin embargo, ni siquiera luchó contra su miedo, contra aquel sentimiento de repulsión que le producía la oscuridad

malsana del callejón. Sabía que allí no encontraría nada que no supiese ya la policía. Todo lo que pudiera haber allí después de la matanza que ensangrentó aquellos muros ya no estaría. Ni siquiera las huellas de sangre, que la lluvia con su furor desatado habría borrado.

Suspiró bajo la lluvia, con los labios apretados y la mirada ceñuda, dando media vuelta, con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo. No había nada que hacer allí y lo sabía desde un principio. Era mejor regresar, dejar las lluviosas calles y secarse bajo el te- cho, olvidando todo aquello.

Sus pies chapotearon sobre los turbios charcos que llenaban las calles, mientras se dirigía nuevamente a su coche, sin echar ahora una sola mirada al oscuro puerto ni a las luces de Nueva Jersey que se adivinaban más que veían al otro lado del río. La lluvia parecía llenarlo todo como una letanía monótona, crispante, de la que era mejor alejarse cuanto antes.

Y, de pronto...

Sobresaltado, echó mano a su arma, una contundente y pesada Parabellum automática, que quedó entre sus dedos tras salir de su funda. Se estremeció, mirando en torno, a las sombras que le rodeaban. Todavía retumbaba en sus oídos aquel grito, poniéndole el vello de punta.

Ahora no se oía nada. De nuevo el rumor de la lluvia era lo único que podía escucharse en rededor; pero él sabía que no fue imaginación suya. Era un grito de mujer lo que oyó; un grito de horror, que se convirtió después en un alarido enloquecido, tal vez de agonía, quebrándose luego de inmediato... ¡Y no podía venir de muy lejos!

No se detuvo a pensar lo que podía hallar entre los oscuros recovecos y las siniestras esquinas de que estaba plagado el West Side. El alarido que había escuchado estaba henchido de horror, de un mensaje mortal que se había disipado en el viento y que al parecer sólo él oyó. Aquel horror era casi palpable. Lo había sentido, le había golpeado con fuerza, borrando todo lo demás. Como cuando contempló con sus propios ojos los restos diseminados que la policía halló hacía un par de años allí mismo...

Un nuevo escalofrío recorrió toda su espalda mientras corría arma en mano. Y ahora estuvo seguro de que la causa no era la lluvia que seguía atormentándole con redoblado afán. Le asustaba lo que podía encontrar... Pero siguió corriendo hacia el lugar de donde pareció brotar aquel grito de insoportable pánico.

Se detuvo bajo la lluvia. Le palpitaban las sienes y sentía el corazón agarrotado en su pecho, como apresado por una garra invisible que quería estrujarlo. Era el pánico, un pánico atroz, y lo

sabía. Ni siquiera le tranquilizó el contacto frío de las cachas metálicas de la Parabellum en su mano.

¿Dónde podía ser...? La luna estaba tras el cúmulo de nubes que se había cernido sobre la ciudad. La oscuridad era casi absoluta, y sus ojos no estaban muy habituados a ella. Apenas veía.

Un sonido en las sombras, como un gruñido sordo, apagado, le puso en alerta y hacia allí apuntó con su pistola, dispuesto a vaciar todo el cargador si era necesario. Una palidez increíble se apoderó de su rostro al ver relucir en las tinieblas un par de ojos llameantes como rojas estrellas de muerte en un universo de oscuridad. Estuvo a punto de soltar el arma cuando descubrió la negra figura agazapada, la sangre que las luces de los

herrumbrosos muelles de Manhattan le permitieron observar entre los charcos de agua sucia que la lluvia batía.

El gruñido se hizo rugido. La forma saltó hacia él, convirtiéndose en un oscuro borrón que no le resultó difícil identificar, donde unas mandíbulas aterradoras se acercaron para destrozarle de una feroz dentellada. Y Roerich, con el corazón en la garganta, tuvo que echarse hacia atrás para eludirlas.

Su espalda chocó contra el pavimento mojado, mientras la bestia de oscuro vello parecía volar por encima suyo. La pistola bramó hasta tres veces, lanzando salivazos de fuego hacia la figura recortada en la oscuridad. Y luego otra más, cuando se tendió de bruces en el asfalto, intentando abatir al furioso animal que huía, alejándose en medio del chapoteo que sus patas arrancaban al suelo mojado, perdiéndose en la oscuridad como una sombra más.

No sabía si alguna de las balas la había alcanzado. No podía estar seguro de ello, dada la rapidez con que sucedió todo. Pero suspiró lleno de alivio al darse cuenta de que no regresaba. No le hubiese gustado hacer frente a un animal enfurecido, por muchos proyectiles que la Parabellum conservase en el cargador.

Se levantó, sin apartar la mirada de las sombras por las que vio alejarse a la bestia. Hubiese jurado que era un tobo. Un lobo enorme, de pelaje rojizo y escalofriantes colmillos. Pero tampoco podía asegurarlo con certeza, pues podía tratarse de un perro. En aquella oscuridad nada era lo que parecía.

No guardó la pistola. No quería nuevas sorpresas. Y así se acercó al lugar donde apareció la bestia, fuera lobo o perro sanguinario. Había sangre allí. Se mezclaba con las sucias aguas de lluvia. Al instante supo por qué; y hubiese preferido no saberlo.

Allí había una mujer. Una prostituta tal vez, por sus ropas ensangrentadas, excesivamente atrevidas para una noche como aquella. Pero ya no importaba lo que fuera antes. Ahora sólo era un cadáver recostado contra una pared, con la destrozada garganta todavía lanzando chorros de cálida sangre, con la ladeada cabeza a punto de caer por su propio peso.

Lívido, sin notar ya el frío ni la lluvia, con la pistola aún en su mano, como si no recordase que la llevaba, se dirigió a su automóvil con la mente en blanco, como un autómata.

*

*

*

—Un cadáver... No está mal como tarjeta de visita, ¿verdad. Roerich?

El aludido ni siquiera miró al policía. Parecía ya recuperado de la

impresión y, aunque espantosamente pálido, su rostro era una máscara inexpresiva. Tenía las manos en los bolsillos y miraba el trabajo de la policía a la luz de unos proyectores, mientras la lluvia seguía cayendo con menos fuerza. Jeff Mallory estaba a su lado, con una pipa en sus labios resecos, mirándole de reojo,

—No, no está mal… Pero no te quepa duda de que hubiese sido más agradable encontrarla viva. Habría dado gustoso lo que hubiese pedido, con tal de no hallarla así.

—Sí, claro… Hace muchos años que no nos vemos, Roerich.

—-Dos, para ser más exactos…

—¿Qué tal te va? Oí decir que te habías sacado la licencia de investigador privado, y por lo que veo es cierto.

—Estoy mejor que en el Departamento. Aquí, por lo menos, nadie puede ordenarme que cierre un caso por ser demasiado peliagudo.

En este punto, calló. Siguió con la mirada los destellos amarillos de la ambulancia que se alejaba con el cadáver por Washington Street y apretó las mandíbulas.

—Nunca entendí por qué te echaron del Departamento —oyó la voz de Mallory—.

Tenías un gran futuro entre nosotros. Incluso podrías estar a estas alturas en mi puesto.

—Son cosas que pasan… Metí demasiado las narices y eso no gustó a cierta gente. Pero dejemos eso. Ese asesinato es más importante que mis asuntos, y creo que soy el único testigo… ¿No es así?

—Cierto… —asintió el policía, apoyándose de espaldas indolentemente sobre uno de los coches-patrulla—. ¿Sabías que no es éste el primer crimen ocurrido en estas mismas circunstancias?

—Algo había leído en los periódicos.

—¿Y que ya esta noche hemos tenido otro parecido, no muy lejos de aquí, en Delano Street?

Roerich tragó saliva y negó con la cabeza. Pensaba en el animal que había provocado todo aquello. No parecía su furia el producto de una hidrofobia, ni tampoco daba la impresión de estar enloquecido por el dolor. Las carnicerías que organizara eran las mismas que cualquier lobo realizaría con su presa ante los impulsos del hambre. El lobo era el cazador… y *sabía* a quién debía cazar y a quién no. Tal vez por eso huyó al verlo a él, como lo haría ante un alce peleón en los bosques.

—¿Qué viste? Cuéntamelo… ¿Un lobo, tal vez?

Esta vez sí miró el rostro seco y agrietado del teniente de Homicidios, sus cejas espesas, el cabello ralo y plateado por la edad en las sienes, la humeante pipa… No se sorprendió demasiado. Sospechaba que ya la policía habría descubierto mediante análisis químicos la causa de todas aquellas muertes.

—Sí, un lobo… Supongo que fue eso So que vi, aunque no estoy seguro. Podía ser también un perro.

—No, era un lobo —sonrió muy débilmente el teniente de policía —. Un lobo que se esconde sólo Dios sabe dónde, esperando la noche para atacar y saciar su apetito bestial con carne humana. Un lobo que puede sembrar el terror en toda Nueva York si no damos con él y le reventamos la cabeza a balazos.

—Pues lo tenéis difícil. Nueva York es muy grande y, por

desgracia, hay demasiados lugares donde puede esconderse.

—Lo cazaremos, no lo dudes. Ya es una lucha personal... Y supongo que el motivo que te trajo hasta aquí también lo es. Y muy personal, imagino. A menos que estuvieras investigando...

—Tengo un caso entre manos, pero no tiene nada que ver con esto... —fue la seca réplica del detective—. Pasaba por aquí y eso es todo. Y no te preocupes, no voy a meter las narices en este asunto. No es cosa mía.

Segunda

Parte

LA

LUNA

CAPITULO PRIMERO

Pasaron los días y Nathie Ashton seguía sin aparecer. Por más que buscaba y buscaba, por más que preguntaba por ella a unos y otros, no daba con su paradero. Ni siquiera sabía si estaba viva o muerta.

Intentaba reconstruir su vida, saber las razones que la impulsaron a marcharse sin previo aviso, pues así podría averiguar dónde se encontraba. Sin embargo, lo único que tenía para comenzar era un nombre: Eric. Y tampoco éste aparecía por ninguna parte. Hasta que un día, casi dos semanas después de hacerse cargo del caso, alguien llamó a su puerta.

Y, aunque Roerich en aquel momento no lo sabía, responder a aquella llamada podía significar su muerte...

Era casi de noche y estaba solo en su casa-despacho. Dora, su secretaria, había marchado poco antes, despidiéndose con un cálido «hasta mañana» y una sonrisa. Llevaba algún rato buscando noticias en los diarios, vivamente interesado en los crímenes del West Side, pero no halló ninguna. Desde que encontró el cadáver de la prostituta muerta frente a los sucios muelles neoyorquinos no se tenían más noticias de otros crímenes similares. La bestia, tobo o no, también parecía haberse esfumado. O tal vez había reventado con los plomos que sin duda le metió en el cuerpo.

El zumbido del timbre le sorprendió. No esperaba a nadie, y él solía concertar las entrevistas con sus clientes por anticipado. De eso se ocupaba su secretaria, que para algo estaba, y ella no le había hablado de ningún nuevo cliente. Aunque podía tratarse de Ashton...

Desechó tal posibilidad en seguida. Su cliente dejó bien claro desde el principio que quería absoluta discreción; no se atrevería a acercarse a su despacho por nada del mundo. No quería que la desaparición de su hija sirviese de carnaza para los periodistas.

¿Entonces...?

Resolvió averiguarlo sin necesidad de hacer cábalas, dejando el periódico sobre la mesa de su despacho y dirigiéndose hacia la puerta. Cuando la abrió, se llevó la segunda sorpresa de la noche.

Ante él, al otro lado del umbral, apareció un hombre alto, fornido, cuya edad no supo delimitar pero que parecía joven. Sus cabellos eran rubios, muy rubios, y la piel pálida.

—¿Míster Roerich? —fue lo primero que preguntó, con marcado acento teutón o, al menos, nórdico—. Tenía entendido que me buscaba. Me llamo Eric... Ya veo que me conoce.

*

*

*

La verdad era que no esperaba una cosa parecida. Tal vez por eso su gesto reflejó una absoluta estupefacción al mirar la espantosa calma con que aquel extraño personaje se había presentado en su oficina. Después de haber investigado sobre él durante días sin ningún resultado positivo, pensando ya que aquel hombre ni siquiera existía, aparecía de pronto como si tal cosa, como esos genios de leyendas orientales a los que se invoca frotando una lámpara.

Tardó en salir de su incredulidad. Pero no mucho. Era hombre que sabía reaccionar ante imprevistos. La sonrisa que curvó sus labios un instante más tarde lo demostró.

—Encantado de conocerlo —se hizo a un lado, franqueándole la entrada mientras le observaba de arriba abajo—. Sí, efectivamente le buscaba. Debo agradecerle que me haya facilitado el trabajo viniendo aquí.

El hombre entró. Su gesto era serio; no sonreía. Cuando la puerta se cerró tras él, lo miró todo con el ceño fruncido. Y, especialmente, a Roerich, que a su vez le estudiaba sin ningún disimulo.

—Me alegro de que así sea —comentó el llamado Eric—. Y espero poder facilitárselo aún más. Usted busca a Nathalie Ashton, ¿no es cierto? ¿Por qué?

—Digamos que ése es mi trabajo: buscarla. Su padre me contrató para que la encontrase —se dirigió al mueble-bar, abriéndolo de par en par—. ¿Quiere tomar algo? ¿Coñac, whisky, vino...?

—No, gracias.

—Pues yo sí tomaré algo, con su permiso —cogió la botella de whisky escocés que solía dejarle sin blanca cada vez que adquiría una y la colocó sobre la mesa, junto a un vaso—. ¿Usted sabe dónde está esa chiquilla?

—Sí.

Roerich le miró, sentándose al mismo tiempo tras su mesa de despacho. No podía saber si mentía o no, ni cuáles eran los motivos que le habían traído hasta allí para hablarle, pero tal vez consiguiese algo de aquella inesperada visita.

—¿Dónde?

—¿Le gustaría saberlo?

—Por supuesto —sonrió, llenando el vaso con un par de pulgadas de whisky—. Esa es mi obligación, después de todo. Esa niña me ha traído muchos quebraderos de cabeza, créame, y me gustaría mucho saber dónde demonios está escondida.

—No está escondida, Roerich. Ni es una niña...

—Sí, claro —una nota de sarcasmo se asomó en su voz—. Usted

debe saberlo mejor que yo. Después de todo, se escapó por usted... ¿No es cierto?

—No, no lo es. Son otras las razones que la impulsaron a marcharse. Pero no estoy aquí para hablar sobre eso. He venido a avisarlo. Olvide este asunto, olvídela a ella... Será lo mejor para todos.

Roerich arrugó el ceño, repentinamente endurecido el gesto.

—¿Eso es una amenaza?

—No, Roerich —negó el llamado Eric, sacudiendo su dorada cabeza—. Perdone si le ha dado esa impresión. No pretendo amenazarlo.

—Pues yo no diría eso —vació de un trago el vaso. Auténtico fuego líquido bajó por su garganta—. En fin, olvidémoslo y dígame dónde está esa chica antes de que le meta en

mayores problemas. Pueden acusarle de rapto y quién sabe cuántas cosas más, si a su padre le parece bien que ruede alguna cabeza para salvar su reputación.

—No puedo hacer tal cosa. Usted no puede entenderlo, pero así es... Ella vino conmigo por su propia voluntad, abandonando todo lo que hasta ahora fue su vida. No podía elegir, como tampoco puedo elegir yo ahora. Es el Destino, Roerich. No luche usted contra él, porque puede ser peligroso.

—¡Déjese ya de monsergas! —estalló, sacando su Parabellum de la funda y apuntando a la cabeza del rubio visitante—. Estoy harto de todo esto. Harto de esa chica, harto de su padre... Ahora mismo va a escupir donde está o le vuelo la cabeza.

El rubio europeo no pareció sorprendido. Al contrario, ni siquiera se inmutó al ver ante sí la plateada pistola. Su calma era absoluta, increíble.

—¿Sería capaz de hacerlo?

Lo miraba a los ojos. Roerich sintió un escalofrío sin saber la razón, como sucedió noches atrás en West Side. Aquellos ojos... Había pena y muerte en ellos, como si su misma alma se debatiese en tormentas internas, furiosas y destructoras. Había algo escalofriante en aquella mirada. Algo que Roerich sintió al instante, como si de verdad se pudiese sentir.

Con un bufido, soltó la pistola de un manotazo, dejándola sobre la mesa de su despacho.

—No...

—Me alegro —algo parecido a una sonrisa surcó los labios del extraño personaje, pero no podía asegurarlo. Seguía en pie ante el detective—. Veo que es usted un hombre razonable. Si desea ver a Nathie, puedo llevarle hasta ella. Tal vez así quede convencido.

—Sí, tal vez.

*

*

*

Nathalie Ashton...

Efectivamente, era ella. Estaba allí, justo delante de él. Ya no era una fotografía tipo carnet en sus manos, sino una realidad en carne y hueso. La había encontrado.

Aquel hombre extraño, Eric, le llevó hasta Rhode Island. Roerich le siguió sin dudarlo, en su propio automóvil, recorriendo en plena noche las carreteras que le llevaron muy cerca de Providence, el lugar donde nació Lovecraft, un indiscutible genio del terror. Cuando se dio cuenta, mientras conducía entre las tinieblas sólo rotas por los faros de su vehículo, teniendo como única guía las luces-piloto del deportivo de Eric, pareció esperar que en cualquier

momento surgiese de las sombras un horror primordial, una criatura informe y protoplasmática venida de lejanas estrellas en nombre del Caos Idiota, Azathoth, y de su Mensajero, el reptante Nyarlathotep. Pero ningún ser de pesadilla lovecraftiana se lanzó sobre su vehículo para sumirle en un eterno pavor cósmico. Siguió la oscuridad… Y la luna menguante alta en el horizonte.

Y ahora estaban allí. El sol comenzaba a salir tras las montañas, borrando poco a poco la oscuridad de una fría noche otoñal. La luz naciente se reflejaba en los cristales de la gran mansión en cuyas tierras se habían internado.

Al parar frente al gran estanque de plateadas aguas que había ante la mansión y sus

blancas puertas, vino a su memoria cierta película. Su título era *Sunset Boulevard.* Aquella casa se parecía mucho a la que salía en aquel filme. Transpiraba olvido y soledad pese a toda su grandeza; abandono no, puesto que se hallaba muy bien conservada. Sin embargo, la sensación persistía. Y de nuevo rememoró a Lovecraft y sus mansiones viejas de siglos, celosas guardianas de horribles secretos que la Humanidad nunca debe contemplar.

Tuvo ocasión de ver a la muchacha cuando entraron en la casa. Entre tanta panoplia, cuadros y muebles del siglo XIX, que harían las delicias de un anticuario, parecía imposible encontrar la fresca juventud de Nathalie Ashton ataviada con gastados *jeans* y un jersey multicolor. Resultaba tan… incongruente. Pero tal vez ésa era la razón por la que se habían ocultado allí. O… ¿quién sabe?

Tras ella había más gente. Casi una veintena de hombres y mujeres de todas las razas y diferentes nacionalidades. La mayoría de ellas jóvenes. El que más edad tenía, al parecer, era el propio Eric.

Pero a Roerich lo único que le importaba era ella, Nathie, la hija del hombre que le había contratado. Era tan hermosa como pareciera en fotografías, y quizá aún más. Al verle, sonrió, aunque la expresión del detective era hosca y recelosa en extremo. Sin embargo, había que disculparle. No había dormido en toda la noche. Se la había pasado tras el volante de su automóvil, por las carreteras de Rhode Island.

—Aquí la tiene, Roerich —sonrió con ironía el rubio y aparentemente joven alemán—.

Ya no hace falta que siga buscándola. Ahora sabe dónde se encuentra…

—Dejadme que hable con él —se volvió hacia los demás la joven Nathalie—, Tal vez entonces comprenda…

Nadie se opuso. Sólo miraron con desconfianza al detective y dejaron que la muchacha le cogiese por el brazo y le llevase fuera de la casa, saliendo a través de sus blancos portones hasta donde se hallaba el estanque. El día avanzaba rápido. Serpientes de plata recorrían las limpias aguas sacudidas por la fría brisa de la mañana.

—Fue mi padre quien lo contrató, ¿verdad?

Hizo la pregunta casi con un susurro, mirando fijamente al ex policía. Roerich asintió. Ella parecía esperar aquella respuesta. Era lógico que fuese así. Después de todo, se trataba de su padre.

—Lo suponía —suspiró—. Al principio pensé que pondría en alerta a toda la policía de Nueva York, pero debí imaginar que no le interesaba el escándalo que podía organizarse. Es muy propio de él. Por eso sin duda le contrató: para no ensuciarse las manos.

No había cólera en sus palabras, pero sí dureza. Al parecer,

conocía bien a su padre, mientras que él no podía decir lo mismo de su hija. Pero aquello no era de su incumbencia.

—No se preocupe: estoy acostumbrado; ese es mi trabajo, me guste o no. Los motivos que pueda tener su padre para requerir mis servicios no me importan, como tampoco me importan las razones por las que usted se ha escapado. Mi obligación es decir a su padre dónde se encuentra.

—¿Y si yo le dijera que ese hombre no es mi padre, que me encontró un día entre los bosques de Massachusset y me adoptó y crió como suya? No nací del vientre de la mujer que decía ser mi madre. No es ésa, pues, mi familia, ni ése mi mundo, sino éste. Soy como

ellos y ellos son como yo, porque somos lo mismo y formamos un todo.

—Eso me suena a superchería religiosa.

—Lo sé —sacudió tristemente la cabeza—, Pero no puedo explicárselo de otra manera. Por favor, deje este asunto... Olvídelo mientras aún puede. Yo jamás renunciaría a ellos, ni ellos me dejarían marchar.

Roerich la miró a los ojos. También en ellos había algo extraño, que le causaba repeluznos. No sabía identificarlo, pero así era. Después, miró la blanca forma de la mansión...

—Tal vez algo de dinero...

—No, miss Ashton —rehusó el detective—. Creo que tiene usted razón. Quizá sea mejor olvidarlo todo...

Se alejó hasta su coche, seguido por la extraña mirada de la joven. Seguía teniendo aquella desagradable sensación. Más que nunca pensó en aquella casa como en una pálida sombra dispuesta a saltar sobre él si no se alejaba. Y. al mismo tiempo, se sentía como un imbécil.

* * *

Había dejado el caso.

No recurrió a ninguna excusa. Simplemente, así se lo expuso al todopoderoso míster Ashton. Lo dejaba y no había más que hablar. No cambiaría de opinión, y se negó a decir los motivos. Devolvió todo el dinero, absolutamente todo el dinero que le entregara su cliente, y se marchó con intención de no volver nunca más.

No quería oír nunca más el nombre de Nathalie Ashton.

Sin embargo no podía saber en aquel momento, mientras salía del hogar de los Ashton y se dirigía a su automóvil, que aquél era simplemente el comienzo de un horror capaz de helar la sangre en las venas al más templado de los hombres. Y tampoco podía sospechar siquiera que él formaba parte de esa historia, que ya no podía elegir...

CAPITULO II

El coche-patrulla se detuvo con agrio chirrido de frenos, clavándose los neumáticos prácticamente al asfalto y derrapando a causa de la inercia hasta quedar inmóvil. La sirena enmudeció, pero las destellantes luces azules continuaron girando en lo alto, rasgando la casi total oscuridad de aquella zona urbana.

Era de noche, y una vez más la luna llena resplandecía lívida y redonda en un cielo hosco y triste donde apenas se veían las estrellas. En la distancia se da el ulular de más automóviles de patrulla de la Policía Metropolitana, que se acercaban a toda velocidad para participar en aquella caza singular.

Dos agentes de azul se apearon del vehículo con las armas reglamentarias en ristre, apuntando a las tinieblas de un oscuro callejón sin salida. El mismo donde casi un mes atrás hallaron cuatro cadáveres descuartizados.

—Estoy seguro de que es ahí, Clark —habló uno de ellos, señalando el callejón—. Se ha escondido ahí.

—Lo sé —resopló el otro, sin apartar la mirada de allí—. Maldita sea, no creí que fuera verdad toda aquella historia pero lo es... ¿Lo viste? ¿Pudiste verlo con claridad? ¡Era un lobo! El más grande que he visto en mi vida. ¡Y en Nueva York!

No comentó nada su compañero. Ambos habían visto perfectamente al espléndido animal de hirsuto vello rojizo huyendo de las luces del vehículo policial para meterse entre las sombras de su propia perdición. Era un lobo enorme, como pocas veces viera en su vida en su tierra natal, allá en Canadá.

Sabían perfectamente todo lo que había hecho aquella bestia sanguinaria, aunque resultara algo increíble pensar que un sólo animal, por muy grande que fuese, pudiera matar a cuatro personas sin que ninguna de ellas lograse escapar. No correrían riesgos. Las sirenas parecían cada vez más cercanas. Uno de ellos se metió en el vehículo y dio su posición por antena.

Poco después, el lugar se llenaba de vehículos policiales y agentes armados. Entre ellos estaba el propio teniente Mallory de Homicidios, que daba órdenes a grito pelado, y varios agentes especiales del SWAT neoyorquino que, armados con fusiles ametralladoras, hincaron la rodilla en tierra y apuntaron al callejón, dispuestos a limpiar con plomo todo lo que había allí.

Pasaron tensos los segundos. Todas las fuerzas policiales estaban preparadas para actuar. Sólo bastaba una orden. Pero el callejón estaba silencioso, como abandonado. Ni un roce, ni un ruido...

Pero de pronto todo eso cambió.

Un aullido largo, estremecedor, casi como un lamento plañidero dirigido a aquel cielo triste y la brillante luna, que lo bañaba todo

con su luz miserable, brotó de las sombras. Era un mensaje patético, casi desgarrador, de la criatura acosada. Lanzaba su dolor a la luna, como avisándola de algo que ocurriría.

Y ocurrió.

Sólo hizo falta aquello para que los agentes del Orden reaccionasen. Los fusiles se

dispararon casi al mismo tiempo, enviando una salva de mortales proyectiles trazadores por todo el callejón. El tableteo fue ensordecedor. El restallar de los proyectiles, allá, en las sombras, también.

Después, silencio... Armas humeantes, rostros tensos, miradas recelosas... Cuando se apagaron los ecos de los disparos, una quietud increíble, un silencio espeso e inquietante, se apoderó del lugar.

Momentos después, las luces delanteras de uno de los vehículos taladraron las tinieblas. Miradas expectantes se posaron en todo lo que los faros alumbraban. Las armas de los SWAT seguían apuntando hacia allí, mientras avanzaban.

Vieron entonces el cuerpo tendido en el suelo. Pero, ante sus asombradas miradas, no era un cadáver de lanudo cuadrúpedo maloliente lo que encontraron, sino un cuerpo humano, desnudo y ensangrentado, acribillado a balazos.

La impresión golpeó a todos como un martillo de fragua. No lo comprendían... Al acercarse uno de los uniformados agentes de SWAT, el hombre, agonizante, destrozado por los impactos mortales de las balas trazadoras, se volvió hacia él. Dijo algo antes de morir en medio de un doloroso estator. Un nombre...

—Daniel... Daniel Roerich.

*

*

*

—Bien venido a tu antigua casa, Roerich...

Había algo de oculta sorna en aquellas palabras que pronunciara el teniente Mallory allí, en el edificio encristalado de la policía neoyorquina, cuando el detective entró. Roerich, haciendo caso omiso, no dijo nada, aunque encajó las mandíbulas. Nunca fueron grandes amigos, ni siquiera compañeros... Mallory siempre fue su más directo rival allí dentro, y nunca simpatizaron. Al parecer, todo seguía igual.

—¿Acaso la encuentras cambiada?

—No —sonrió con desprecio el detective mientras caminaban por las distintas dependencias—, me temo que todo sigue igual. Habéis aumentado el presupuesto, tenéis más computadoras y todo está limpísimo, increíblemente aséptico y pulcro. Pero eso es todo. Dentro todo será igual... Corrupción, intereses, caciquismo... Como siempre...

—Eso suena fuerte, Roerich.

—No me hagas caso, entonces —se encogió de hombros, encendiendo al mismo tiempo un cigarrillo. Dio una calada. Expulsó el humo y preguntó:

—¿Por qué me has llamado a estas horas? No creo que sea una costumbre tuya despertar a la gente a las tres de la madrugada, a menos que ahora se haya puesto de moda. ¿O sólo lo hacéis con los detectives?

El policía no respondió. Se limitó a sentarse en una de las mesas que había en aquella sala. No había nadie tecleando en la máquina de escribir electrónica. Sólo más allá se advertía el vértigo de la maquinaria de la ley, en plena actividad burocrática.

—¿En qué lío estás metido, muchacho?

—¿Lío? —se sorprendió el detective privado—. ¿A qué te refieres? No recuerdo haber violado a nadie, ni he robado caramelos a los niños...

—¿Tienes algún cliente?

—Sí, una compañía automovilística. Ya sabes: espionaje industrial y todo eso... —hizo una mueca—, Pero no te preocupes. Los rusos no andan detrás, ni tienen nada que ver.

—Te lo tomas muy a la ligera, Roerich —avisó más que comentó el policía, con el ceño fruncido—. No puedo detenerte porque aún no tengo suficientes pruebas para ello, ni sé en qué andas metido, pero tarde o temprano lo averiguaré. Y entonces...

En la mirada del ex policía había estupor. ¿De qué demonios estaba hablando aquel estúpido pies planos...? Y al estupor siguió la ira. Pero no se dejó arrastrar por ella. Era demasiado inteligente como para hacer tal cosa.

Tiró al suelo lo que quedaba de pitillo, a pesar de que tenía a su alcance un cenicero, y lo aplastó con el pie. Ceniza, tabaco y papel quedaron pegados a las espejeantes baldosas.

—No me amenaces, Mallory —silabeó—. Si quieres acusarme de algo dímelo en la cara, pero no me amenaces. Explícate...

—Muy bien, Roerich, como quieras —aceptó el teniente de Homicidios—. Esta noche hemos acribillado a un hombre por error. Justo en ese maldito callejón que por desgracia conoces tan bien como yo. Le confundimos con esa asquerosa bestia que nos trae de ca- beza. ¡Maldita sea! Quedó convertido en un colador... Van a rodar cabezas. Y entre ellas la mía probablemente. Pero tú también estás implicado. Dijo tu nombre antes de morir.

—¿Mi nombre...? ¿Quién era ese tipo?

—¡Y yo qué sé! —bufó Mallory—, Todavía no ha sido identificado. Sólo han pasado cuatro horas desde que ocurrió...

—La eficacia de la policía... Matáis a un inocente y luego no sois capaces de averiguar su nombre... De lo único que os preocupáis es del revuelo que se va a armar. No os interesa siquiera el tipo al que habéis liquidado.

—Roerich, no me toques los cojones porque exploto —avisó el policía—. Estamos trabajando a marchas forzadas. Por eso te lo pregunto a ti: ¿quién era? ¿Por qué estaba allí, desnudo, y se puso a aullar como un desesperado al vernos?

—Estaría toco —se encogió de hombros el detective—, Pero supongo que si él me conocía, yo también debería conocerle. ¿Puedo verlo? ¿O acaso está prohibido?

Mallory masculló algo entre dientes que Daniel Roerich no entendió. Comenzó a caminar con dirección al Depósito de Cadáveres, el lugar donde se almacenaban con desapasionada frialdad los frutos del crimen en aquella asquerosa ciudad, rígidos huéspedes involuntarios que se amontonaban cada noche para ocupar los asépticos cajones de metal y probar el frío sabor del bisturí. Roerich sabía dónde se encontraba, pero dejó que el

teniente de Homicidios fuese delante, abriendo el camino a través de corredores y escaleras. Le intrigaba todo aquello. Y, mientras caminaba, pensaba.

Sus pasos retumbaban en el silencio. La puerta del recinto mortuorio se hizo visible minutos más tarde. Estaba abierta, medio entornada. Y hacía frío allí, mucho frío. A Roerich no le gustaba. Nunca le gustó aquel lugar.

Mallory empujó la puerta. El detective vio urnas y más urnas numeradas, metálicas.

Entraron en silencio.

El frío mordió sus carnes. Un olor extraño asaltó al mismo tiempo su olfato.

Olor a animal…

¡Olor… a lobo…!

La Muerte, entonces, saltó sobre ellos; una Muerte velluda y maloliente, convertida en

un manojo de músculos impulsados por la ira animal, que cayó como un destructor huracán sobre Jeff Mallory, en un borrón de movimientos que dejó helado por el terror al detective. Colmillos aterradores se hundieron en su garganta con saña, quebrando antes de nacer el grito de pánico que ya pugnaba por brotar. Cayeron ambos, gruñendo el gigantesco lobo, y la cabeza ensangrentada del policía escapó con violencia del resto del cuerpo, boqueando horriblemente al rebotar en el blanco suelo ahora manchado de sangre. El cadáver decapitado quedó tendido, escapando la sangre a borbotones por su cuello seccionado, moviéndose aún con violentas contracciones. Y la criatura asesina miró al asustado Roerich, enseñando los colmillos.

Roerich retrocedió, cubierto su cuerpo por un sudor frío. Vio ahora otro cadáver cubierto de sangre junto a la puerta, con los ojos desorbitados por el horror. Era el vigilante de la Morgue... muerto también. Y también vio las otras figuras que la fría luz del recinto iluminaba, mirándolo amenazadoramente, entre gruñidos.

¡Más lobos! Tres, en total. Gigantescos, terribles, de ojos rojos clavados en él e hirsuto vello erizado en sus lomos, mostrando los colmillos con algo muy parecido a una sonrisa diabólica.

Aterrorizado, sacó la pistola, empuñándola con las dos manos. Apuntó a las bestias carniceras, temblando el dedo en el gatillo. Los lobos gruñeron de nuevo, como si supiesen qué era lo que aquel hombre tenía en sus manos, pero no saltaron para atacarlo.

Con un movimiento veloz, Roerich saltó hacia atrás y cerró la puerta de metal. Retumbó el portazo en las paredes, llenándolo todo durante unos instantes, incluso sus mismos pensamientos. Y el detective quedó apoyado contra la puerta, sudoroso y jadeante, sintiendo galopar su corazón en el pecho. Su siniestra aferraba el pomo de la puerta, sin notar apenas el frió del metal, mientras la Parabellum brillaba entre sus dedos cubiertos de sudor helado.

Estaba asustado... Ni siquiera alcanzaba a preguntarse cómo era posible aquello, como podía suceder tal cosa allí, en el edificio que servía de sede a la Policía Metropolitana de Nueva York, en pleno Broadway. Sólo sentía un terror irrefrenable, un pánico como nunca soñó en tener, que le obligaba a continuar pegado a la puerta, inmóvil, temblando a su pesar.

Resopló. El sudor resbalaba por su frente, por sus mejillas. La pistola estaba muy cerca de su cara, casi apoyada en su mejilla. Tragó saliva con dificultad. Al otro lado de la puerta metálica no se oía nada. Todo era silencio en el recinto funerario. Todo..., salvo el tamborileo loco de su corazón, que sonaban como disparos en sus oídos.

Contuvo el aliento. Abrió la puerta de golpe, quedando en pie en

el umbral, la pistola a punto de desgranar fuego. Apuntó a uno y otro lado, buscando a aquellos malditos animales. Sólo vio portezuelas metálicas numeradas, la mayoría de ellas ocupadas por los pobres diablos que dejaban su vida en la noche neoyorquina, dos cadáveres mutilados, y sangre, mucha sangre salpicándolo todo.

Ni rastro de los lobos...

—No es posible... —jadeó para sí, mirando en rededor, con un escalofrío—. No es posible...

Paredes... Lisas, blancas, limpias hasta la asepsia. Sin aberturas, sin ventanas. Era imposible salir de allí sin utilizar la puerta. Y, sin embargo, los cánidos de ensangrentadas

fauces se habían volatilizado. Como por arte de magia...

Salió de allí, a punto de vomitar ante aquella horrenda visión de muerte. Cerró la puerta e intentó calmarse, pero no lo consiguió. Confundido y horrorizado, víctima tal vez de un shock, se alejó con la mente en blanco, metiendo la pistola en su funda. En lo único que pensaba era en salir de allí.

Lobos, lobos, lobos...

No avisó a nadie de lo sucedido. Ni siquiera se le pasó por la cabeza mientras caminaba entre los hombres y mujeres uniformados de azul, con los hombros caídos y la mirada siempre fija en el suelo. Y, aunque lo hubiera hecho, ¿qué podía haber dicho? ¿Que tres lobos sanguinarios habían matado al teniente Mallory y a un policía en la Morgue para luego desvanecerse ante sus narices y dejar sólo unos cadáveres sangrantes tras ellos?

No tardarían en averiguarlo con sus propios ojos, cuando alguien, por cualquier razón, se dirigiera al Depósito de Cadáveres. Pero, por ahora, necesitaba aire, pensar, aclarar su cabeza de dudas y terrores...

Cuando salió del edificio policial, sus ojos se clavaron en los vehículos estacionados frente a la entrada, desde patrullas con agentes armados hasta furgones de SWAT. Los vio también al entrar, pero entonces no comprendía por qué estaban allí y ahora sí. Eran las fuerzas desplegadas para la caza del velludo diablo que tenía aterrorizado a todo el West Side... Las mismas que habían acribillado a un hombre inocente aquella noche.

¡Qué ironía! Buscaban un lobo asesino entre el monstruoso dédalo que es Nueva York y allí mismo, en la sede oficial de la policía, tuvieron tres durante unos instantes. Y él los había visto...

Había luna llena. El cielo apenas era visible entre los colosos de acero y cemento, pero la luna estaba allí, brillante y redonda, y estaría durante algunas horas más, pues aún faltaba bastante para que llegase el amanecer.

Pasó junto a algunos de los agentes, que le saludaron al reconocerlo. Roerich respondió maquinalmente, casi sin darse cuenta. Se paró. Sacó un cigarrillo. Sus manos temblaban. Lo encendió, más para tranquilizarse que porque sintiese verdaderos «¿seos de fumar.

—...Te juro que era un lobo —oyó que un policía le decía a otro, mientras este último subía la cremallera de su guerrera al acentuarse el relente nocturno. Su placa destellaba con reflejos azulinos a la luz artificial—. El más grande que he visto en mi vida. Nos miró durante unos instantes... Imagino que sería un reflejo de nuestras propias luces pero... me pareció que sus ojos eran rojos, que había odio en ellos. Y entró en aquel callejón... Estoy seguro.

No comprendo como aquel hombre...

—Pues ya lo viste... —resopló el agente—. Pero es extraño lo que está pasando. El otro día me llamó mi madre desde Rhode Island. Asegura haber visto toda una manada de lobos corriendo por aquellos bosques. ¡Y en Rhode Island hacía años que no se veían lobos, como aquí, en Nueva York...!

—No lo entiendo, de verdad...

Roerich se alejó, sintiendo que su cabeza giraba.

CAPÍTULO III

Cuando llegó a su hogar no se sentía mejor. Al contrario, hubiese jurado que aquellos escalofríos que sentía eran de pura fiebre. O tal vez de terror. Terror a algo que no comprendía, y que tal vez no quería comprender, pero que se le antojaba terrible.

Había luz, pero no se preocupó por ello. Otras cosas ocupaban su pensamiento. Y ninguna buena.

—Dan... —fue lo primero que encontró al entrar: una sonrisa, unos labios susurrando su nombre—, Al fin vuelves. ¿Algo marcha mal?

Era Dora, su secretaria, la mujer que compartía con él trabajo y cama..., y que le daba algo de cariño en un mundo cada vez más sombrío y siniestro. Lo único que tenía encima era una blusa floreada. Demasiado poco para ocultar sus formas rotundas.

—Todo —suspiró el hombre, después de despojarse de la chaqueta y quedar en mangas de camisa, dejándose caer en la silla donde normalmente solían sentarse sus clientes—, Pero no me pidas que te lo cuente, por favor... Es mejor dejarlo, olvidarlo. Cuanto menos hable sobre ello, mejor.

—Como quieras —se encogió de hombros la mujer, súbitamente preocupada, contagiada por el gesto pensativo y torvo de su jefe—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, tráeme la botella de whisky.

—¿Whisky? —le miró, sorprendida—, ¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy, ¡maldita sea! —bufó, enfadado, tal vez tratando de descargar la tensión que parecía a punto de explotar dentro suyo—. ¡Tráelo de una vez! Creo que lo necesito. Dora se dio cuenta entonces de que estaba lívido, pálido como una hora de papel, y demasiado tembloroso, aunque pretendía ocultarlo. Incluso parecía que hacía verdaderos esfuerzos para no vomitar. No hizo ninguna pregunta. Se limitó a obedecer, cogiendo la botella del mueble-bar y un par de vasitos.

—Dime lo que te ocurre —pidió, llenando al mismo tiempo los vasos—. Desahógate. Cuéntamelo.

—No me creerás.

—¿Por qué no lo intentas?

—Porque ni siquiera yo sé lo que sucede —sacudió la cabeza, desesperado—. Es una locura. No lo entiendo... Y, sin embargo, está sucediendo. Lo sé... ¡Lo sé!

La morena acarició sus cabellos con dedos tiernos, cariñosos. Roerich vació de un trago uno de los vasos. Dora volvió a llenarlo.

—Cuéntamelo...

Roerich encajó las mandíbulas.

—El teniente Mallory ha muerto —soltó de sopetón, reviviendo por unos instantes todo el horror sufrido apenas unos minutos antes, pero manteniéndose sereno pese a su terrible palidez—, Y yo estaba delante... Dios mío, Dora, fue horrible. Eran lobos. Lobos... ¿Entiendes? Y le decapitaron allí mismo, ante mis ojos, sin que yo pudiera hacer nada.

La mujer le observó horrorizada, sin darse cuenta exacta de todo lo que las palabras del detective parecían sugerir. ¿El teniente Mallory... muerto? ¿Lobos asesinos? Sabía algo

de todo eso, por lo que su jefe y amante le contó días atrás, pero...

Roerich tomó aire, como si de verdad lo necesitase, con ansia. Intentó explicar lo que sus ojos contemplaron como mejor pudo, pero sólo eso. Sus temores los dejó aparte, corroyendo su alma pero ahogados en su garganta.

Temores que no quería compartir. Temores que le obsesionaban, que aleteaban de nuevo como negras mariposas en su espíritu. Temores... Casi un presentimiento, sin forma ni sustancia concreta. Algo nacido de su propio instinto.

No contó nada de eso. Sólo los hechos escuetos y terribles. La carnicería por él presenciada, que terminó enrojeciendo el blanco suelo del depósito de cadáveres. Y Dora, la poderosa y morena Dora, le escuchó sin interrumpirle, contraído su bonito rostro por el horror que manaba por los labios resecos del ex policía a medida que avanzaba en su relato. Y, aunque éste fue seco y corto, apenas esbozado todo lo acontecido, ella llegó a temblar de asco y miedo.

Y, cuando terminó, después de quedar Roerich en silencio:

—¿Estás seguro, Dan? ¿Es todo eso cierto?

—Lo es...

—Pero lobos... Lobos que matan, que devoran seres humanos, que se ocultan en una ciudad como Nueva York, sin que se les vea hasta que es demasiado tarde, hasta que caen sobre su presa confiada... ¿Estás seguro de que son realmente lobos? Parece tan... tan increíble... No es natural.

—Tampoco lo es que cuatro Angeles del Infierno motorizados mueran despedazados en un callejón. Ni que una mujer aparezca parcialmente devorada en Delano Street. Nada es natural en todo esto. Y menos que nada que desaparezcan después, como visiones, como fantasmas que matan y luego se esfuman.

Dora quedó en silencio. Roerich dirigió su mirada ceñuda a la única ventana de su despacho, desde donde se veía una calle iluminada, sombras, oscuras fachadas de edificios aún más oscuros.

—Allí están... Esperando... Tal vez ni siquiera sean lobos. No del todo, al menos.

Dos secos golpes rompieron los pensamientos de ambos, hombre y mujer. Se miraron. Roerich parecía preocupado, súbitamente alerta, fruncido el entrecejo en un ademán hosco. Dora, en cambio, se había vuelto con sobresalto. Los golpes en la puerta se repitieron, retumbando en el silencio nocturno.

—¿Quién...? —susurró la morena, mirando a su jefe. Roerich pidió silencio con un gesto y fue hasta allí.

—¿Quién es? —preguntó, empuñando al mismo tiempo su pistola con la siniestra.

—¿Señor Roerich? —oyó una voz al otro lado. Una voz desagradable, como el chirrido molesto de unos goznes sin engrasar—. Le traemos un mensaje. Un mensaje de míster Ashton.

Arqueó una ceja. ¿Ashton? Pensaba que ya había quedado todo claro entre los dos, que había aceptado su decisión y ya está. ¿Qué quería a aquellas horas para que uno de sus lacayos viniese a molestarlo?

No se confió, empero. E hizo muy bien. En un oficio como el suyo uno no podía sentirse seguro nunca. Por eso no soltó la pesada y contundente Parabellum al abrir la puerta.

Sin embargo, no le sirvió de nada.

Con la velocidad del relámpago, nada más entreabrir la puerta, un pie se estrelló con fuerza en su mano, en una certera, impecable patada de karate que hizo volar la pistola de sus dedos doloridos. Y, apenas sin tiempo para reaccionar y salir de su sorpresa, un puño de granito cazó su mandíbula, tirándolo de espaldas a casi un metro de distancia. Se llevó consigo en su caída una estatuilla de porcelana que adornaba la entrada, convirtiéndose en añicos dispersos contra el suelo, con seco estallido. Dora ahogó un chillido histérico en su garganta y se lanzó en su ayuda.

Todo giraba a su alrededor. Su consciencia se esfumaba, se escapaba como la sangre que fluía de sus labios reventados. Luchó contra ello. Sintió que Dora le zarandeaba, que clavaba las uñas en sus brazos en su afán por mantenerle despierto.

Agitó la cabeza, intentando incorporarse y apartar de sí la niebla roja que cubría sus ojos. Escupió sangre. Y los vio en ese momento, al oír un portazo que le obligó a alzar la mirada.

Eran dos los tipos que le habían golpeado. Dos individuos de mala catadura y cínica sonrisa. Uno de ellos, delgado y fibroso, con rancio bigote en un rostro afilado, sostenía en sus labios un cigarrillo casi totalmente consumido. El otro, más joven y recio, de fríos ojos acerados y cara de pocos amigos, tenía la diestra hundida bajo su chaqueta, demasiado cerca de la axila para estar tranquilo.

—Esa no es manera de recibir a unos compañeros, Roerich —comentó el tipo delgado con aquella voz desagradable, tan parecida a una bisagra oxidada—. La pistola se utiliza para los que molestan y nosotros somos sus camaradas, sus amigos, gente que le aprecia y respeta.

—Pues vaya una manera de demostrarlo —volvió a escupir sangre, levantándose tambaleante, ayudado por su amedrentada secretaria, que observaba de hito en hito a los dos extraños que se habían abierto paso allí por la violencia—. ¿Quiénes son ustedes?

—Detectives privados, Roerich —sonrió el mismo individuo—. Como usted... Trabajamos para un antiguo cliente suyo, al cual parece ser que abandonó y ahora ha requerido nuestros servicios. Me refiero, claro está, a míster Ashton.

—Entiendo... —gruñó el ex policía, limpiando la sangre de sus labios hinchados mientras miraba a ambos hombres—. Buscan a Nathalie Ashton, su hija.

—Así es, amigo mío. Buscamos a su hija, a Nathalie Ashton: para eso nos ha contratado; para eso está dispuesto a pagar una pequeña fortuna, si damos con ella. Al parecer, la quiere mucho. Y usted le decepcionó, Roerich. Pensaba que la encontraría. Confiaba en usted. Pero no es tonto. Ni nosotros tampoco. Usted sabe más de lo que parece. Es posible que incluso sepa dónde se encuentra esa

muchacha.

—Ojalá lo supiera —refunfuñó, mirando a su secretaria—, Trae la botella de whisky y dales a estos caballeros, si gustan.

—Muy amable. Aceptamos por cortesía.

Dora se alejó sin dejar de mirar a los dos detectives contratados por Ashton. El de bigote raquítico seguía sonriendo como una hiena peligrosa. Su compañero, en cambio, lo observaba todo impávido, sin cambiar de expresión, pero su mano, al menos, ya no buscaba el arma.

—Sí, ojalá lo supiera —siguió diciendo Daniel Roerich—. Entonces sería yo quien consiguiese esa «pequeña fortuna» de la que han hablado. Pero, por desgracia, no es así.

—¿Seguro?

—No tengo ni idea de donde está —negó con la cabeza el antiguo oficial de Homicidios—. Lo siento, pero no puedo ayudarlos.

Apenas había terminado de decir la frase y se encontró con el negro, pavonado cañón de una Python a menos de medio metro de su rostro, empuñada por los dedos del otro desconocido que decía trabajar para Ashton, el que no había llegado a hablar en ningún momento. Roerich dio un paso atrás, sobresaltado, con la mirada fija en el negro cilindro de metal que le apuntaba.

—Oiga, amigo, no se ponga nervioso.

Por toda respuesta, recibió otro puñetazo. Y esta vez supo quién se lo daba: el tipo delgado con cara de rata y voz de bisagra. Pero eso no le sirvió de consuelo, ni evitó que de su nariz surgiese a borbotones la sangre en intensa hemorragia.

—No nos tome por imbéciles, Roerich —silabeó aquel individuo, sujetándole sin miramientos por la corbata y tirando hacia sí—, ¡Usted sabe donde está!

Roerich tragó saliva. El revólver seguía apuntándole a la cabeza, como una nueva espada de Damocles poderosa y terrible que podía convertir su testa en un montón de huesos, sangre y encéfalo pegado a la pared de enfrente...

—No... No lo sé.

Un sonoro revés hizo que volviera la cabeza como alcanzado por un látigo. Y luego una bofetada. Y después otro revés... Lo abofeteó sin piedad, dejando en su rostro curtido profundos arañazos sangrientos producidos por un anillo en su dedo anular, probablemente colocado allí para tal fin. Fueron golpes rudos, enfurecidos, y aquel anillo hizo el resto, rasgando pómulo y mejilla sin piedad, dejando su huella ensangrentada en la cara de Daniel Roerich.

Y aquella maldita pistola que le mantenía inmóvil, que con su muda amenaza le obligaba a no responder con sus puños... Si no hubiese estado allí...

El último fue un golpe terrible. La piel se rasgó en un surco carmesí, salpicando sangre, enrojeciendo el dorso de aquella mano que le abofeteaba. Y Roerich se estrelló de espaldas contra la pared, marcado su rostro, obnubilado su cerebro por aquella maldita neblina sangrienta que entorpecía sus pensamientos.

—¿Dónde está, Roerich? —silabeó el hombrecillo con cara de rata, alzando su puño enrojecido de sangre a la altura de su cara—. Responda o podemos hacerle mucho daño, más del que usted puede creer.

Y entonces, aquella voz de mujer, alzándose clara, dominante:

—¡Largo, bastardos, u os vuelo la cabeza, malditos seáis!

Allí estaba Dora, lo único que en aquellos momentos no podían esperar los dos hombres que amenazaban al detective, tal vez porque era mujer. Ahora se daban cuenta de su error, con estupefacta sorpresa. Porque lo que tenía en sus manos no era precisamente una bebida alcohólica. Brilló a la luz del amanecer que ya asomaba con lívida claridad por encima de los edificios la pequeña pistola de cachas nacaradas que em- puñaba con decisión, refulgentes sus pupilas de ira mal contenida.

—¡Fuera, cerdos de mierda! ¿No habéis oído? ¿O lo tengo que repetir con plomo?

Ambos hombres no lo sabían, pero aquella chica de poderoso torso y cabellos negros era muy, pero que muy capaz de disparar. Había nacido en Texas y no se andaba con

chiquitas.

El del bigote sonrió, mirándola, tiró la colilla que todavía conservaba en sus labios y limpió de sangre el dorso de su mano. El otro, en cambio, rechinó los dientes y guardó su revólver. En silencio, como si no sucediese nada, con absoluta tranquilidad, se dirigieron a la salida.

—Volveremos a vernos, Roerich, no lo dude.

—Eso espero —escupió el detective, sangrantes y desgarradas sus mejillas, contraído el gesto por el dolor lacerante—. Y entonces ya veremos, cabrón de mierda.

Lo único que obtuvo como réplica fue una risita sibilante... y un portazo.

*

*

*

«Lobos que matan, que devoran seres humanos.»

«¡Aquí, en Nueva York...!»

«Asegura haber visto una manada de lobos corriendo por los bosques de Rhode Island...»

«Tal vez ni siquiera sean lobos...»

«¿Por qué se puso a aullar como un desesperado al vernos...?»

Eran voces que taladraban su cerebro. Se repetían sin cesar, en enloquecedora cacofonía, como si de verdad significasen algo, como si la respuesta a todas sus preguntas se hallase allí, entre todas aquellas frases inconexas que ahora afloraban a su memoria.

Estaba de nuevo en aquel callejón, el mismo donde tantas muertes horribles cosecharon las Parcas en días pasados pero todavía demasiado cercanos, por desgracia. Y sólo la oscuridad, con su manto de espesa, abominable negrura, conocedora de todos los misterios de la noche y tal vez cómplice de horrores que el ojo humano no puede contemplar, era ahora su compañera. Sólo ella... y aquel fétido hedor a muerte que parecía invadirlo todo, como un presagio agorero.

Allí no podía verse la luna. Las siluetas recortadas de los edificios, las sombras que proyectaban, hacía imposible la visión del cielo nocturno... e incluso por la mañana era difícil verlo. Pero Roerich sabía que estaba allí. Como las otras veces...

Ahora estaba en plenilunio, como suele estar cuando la leyenda asegura que se liberan las fuerzas del Mal sobre nuestro pobre planeta. Otras veces, cuando la Muerte, en forma de horrendas mandíbulas babeantes, reclamaba una víctima, la luna no se encontraba en plenilunio. Pero siempre estuvo allí, como callada espectadora, eternamente lívida y hermosa.

Alzó la vista... ¡Y la vio! Pese al descomunal tamaño de las

edificaciones, pese a las sombras que sumían en engañosa calma al callejón, el pequeño satélite ya hollado por el hombre se asomaba increíblemente entre todo ello, mostrando su redonda faz sin rostro, llenando de luz todo el callejón.

Y, de pronto, estaban allí, como surgidos de la nada, como si la luz de la luna los hubiese conjurado…

¡Lobos!

Roerich los vio cerca, rugientes y amenazadores, brillantes los colmillos, erizado el vello de sus tomos, y no pudo moverse. Ni siquiera pudo echar mano a su arma. El pánico que sentía era más fuerte que él, y tenía sus heladas garras aprisionando su corazón.

Supo que era su muerte, que ya no podría hacer nada, que aquellos colmillos segarían su vida sin ninguna dificultad. Y él sólo podría asistir impotente a su propio final, sin que le estuviese permitido defenderse siquiera. El miedo era una tosa de la que no podía librarse…, y sería también la causa de su condena.

Pero los lobos no se abatieron aún sobre él. Como en un sueño, silenciosa y fantasmal, una figura de mujer salió de las sombras, justo detrás de los lobos asesinos.

Roerich la reconoció. Era Nathie… Nathie Ashton, la muchacha que él buscara durante días por encargo de su padre. Vestía las mismas ropas que aquel día en Rhode Island. Y sonreía, mirándole con dulzura, como si no viera a los lobos, o como si no le importase que estuviesen allí.

—¿Por qué, Roerich? —habló con extraño acento—. Le dije que lo olvidase, que no renunciarían a mí. Yo soy como ellos, como ellos…

Como

ellos…

Como

ellos…

—¡NNNOOOO…!

CAPITULO IV

Quedó sentado en la cama, cubierto de sudor, la mirada fija en algún punto inconcreto de la pared, sin ver, los ojos muy abiertos, casi desorbitados. El dolor de sus mejillas había desaparecido, como por arte de ensalmo, olvidado todo lo que no fuera aquella pesadilla alucinante.

Miró en torno, como aturdido. Estaba en su habitación, en su casa, en la tranquilidad apacible de su domicilio, entre blancas sábanas y acogedoras mantas. No había ningún callejón lóbrego y siniestro, ni lobos demoníacos.

Todo había sido un sueño, un engaño onírico. Nada real ni tangible. Sólo una pesadilla más o menos realista, provocada por la tensión, por todo lo vivido. Nada más.

¿O no...?

Puede que los sueños, después de todo, sean algo más que sueños. Como aquellos seres de sus pesadillas, que eran más que lobos.

Jadeante, se incorporó y comenzó a vestirse. Algo le decía que estaba en lo cierto, que aquel sueño había abierto sus ojos. Y ese algo le movía, sin pensarlo él siquiera.

¿Instinto? ¿Intuición? Llámenlo como quieran...

Miró por la ventana. Era de noche todavía. Apenas había dormido un par de horas. Y la luna llena seguía allí, como la noche anterior, cuando Mallory cayó decapitado ante sus asesinos lupinos.

Una palabra acudió a sus labios. Una palabra que conocía, pero que nunca formó parte del vocabulario que utilizaba normalmente y sí cuando leía algo relacionado con ella o veía un filme de esos hasta hace muy poco catalogados como de «serie B». Una palabra que no llegó a pronunciar, tal vez por instintivo temor a lo prohibido, que ahora se lo parecía más que nunca.

Licantropía...

Hombres que se convierten en lobos... O tal vez lobos que se convierten en hombres cuando no está la luna. ¿Quién sabe?

* * *

Anochecía cuando llegó a los bosques cercanos a Providence, donde ya estuvo en otra ocasión, no mucho tiempo atrás. Había permanecido todo el día en la ciudad, esperando la noche, sin pensar en otra cosa que en lo que encontraría allí cuando las sombras del crepúsculo se cerniesen sobre Rhode Island.

Y ahora estaba allí, más inseguro que nunca de sus propios pensamientos, convencido por su propia lógica de que sus sospechas no podían ser ciertas, de que era totalmente imposible. Y, sin embargo, perduraba aquella sensación, más fuerte que nunca en ese momento.

Su automóvil había quedado atrás, estacionado en el arcén de la carretera. Ahora iba a pie, caminando por el bosque, entre brezos y hojas húmedas que crujían al pisarlas. En su axila iba la Parabellum y, colgando de su cuello, unos potentes prismáticos.

Anduvo largo rato, hasta ver la casa blanca desde una loma, cuando ya las estrellas tachonaban el firmamento y la luna era un disco resplandeciente, plateado. Podía haberse quedado allí, mirando con los prismáticos, pero no lo hizo. Se acercó más. Y más. Y más...

Cuando se arrepintió de lo hecho ya había saltado las vallas que rodeaban la propiedad. Miró de nuevo la casa, entre los árboles, y siguió adelante. En aquel mo- mento, no sentía miedo. Sólo una excitación peculiar, extraña, que le hacía continuar.

No se atrevió, empero, a salir al claro que la luna iluminaba, allí donde estaba la blanca silueta de la mansión. Prefirió la seguridad del bosque, su oscuridad, aunque de poco le sirviese si era cierto cuanto temía. Podía verlo todo perfectamente desde allí.

Esperó, fija la mirada siempre en la gran mansión centenaria. De vez en cuando utilizaba los binoculares y vigilaba la entrada. Todo parecía tranquilo, dominado por una quietud inquietante, incluso. El bosque estaba demasiado silencioso, como si de pronto todo aquello fuese un inmenso cementerio desprovisto de vida.

Miró la luna y, receloso, sacó el arma, intentando escuchar algo, lo que fuese. Sólo halló silencio. Incluso el viento había callado, como si no se atreviese a pasar por allí. Y su propia respiración estaba contenida.

En ese momento, la puerta de la mansión se abrió.

Roerich se tendió de bruces en la hierba, usando al mismo tiempo los binoculares. Reconoció a los que salieron, hombres y mujeres jóvenes todos. Eran los mismos que viera en la otra ocasión, jóvenes melenudos y con aspecto de *hippies,* pálidos a la luz del astro nocturno.

Vio a Nathalie Ashton. Y a Eric, encabezando el grupo, que caminaba sin prisas, como si dispusiesen de todo el tiempo del mundo e incluso más. Roerich sintió un escalofrío al pensar en ello.

Se pararon en medio del claro de verde césped. No se dirigieron ni una palabra. Simplemente se desnudaron. Todos. La luna iluminó cuerpos blancos, pálidos. Y entonces todos ellos se colocaron a gatas en el suelo, formando un amplio círculo bajo la luna con sus cuerpos desnudos.

En cualquier otro momento, ver algo parecido a Daniel Roerich se le hubiese antojado grotesco. Hubiese pensado que estaban todos locos. Pero en aquel preciso instante no pensaba en nada y sudaba, pese al frío invernal que hacía.

Un ronco gemido de horror se ahogó en su garganta. Los cuerpos blancos se cubrían de espeso vello; hombres y mujeres jadeaban de

dolor y sus jadeos se convertían luego en gruñidos, en horrorosos aullidos después, cuando la mutación increíble se hubo completado. Pero Roerich ya no lo veía. No quería seguir contemplando aquello y pegó su rostro al húmedo suelo con fuerza.

Su corazón palpitaba con fuerza. Pero apenas respiraba, tal vez su terror, el pánico que sentía ante aquella visión alucinante.

Lobos...

¡Eran lobos ahora! Su sangre maldita provocaba la metamorfosis cuando la luna salía, tal como relataban las leyendas, igual que en su pesadilla.

¡El viento! Si su olor llegaba hasta ellos, si lo detectaban...

Sintió unos ojos clavados en él, a sus espaldas, la presencia de alguien... Y, cuando se

volvió, sobresaltado, conteniendo a duras penas un grito, la vio. Tragó saliva. Su mirada era de pánico, clavada en la mujer desnuda que se hallaba arrodillada junto a él, sin que ningún ruido hubiese revelado su presencia hasta entonces.

Nathie Ashton... Totalmente humana, mirándolo con reproche.

—¿Por qué, Roerich? Le dije que lo olvidase, que no renunciarían a mí. Y o soy como ellos.

La miró, alucinado. Intentó decir algo, pero no le salió. Impulsado por su propio horror, empujó a la muchacha con violencia y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Tras él, todo era silencio. No oyó zarpas sobre la tierra, ni pies humanos persiguiéndole, pero siguió corriendo, corriendo, corriendo...

* * *

—¿No sabe nada sobre el teniente Mallory? Es extraño... Antes de morir afirmó que hablaría personalmente con usted, que descubriría su relación con la víctima inocente caída durante un tiroteo.

—Y lo hizo... —afirmó con lentitud el detective, de mala gana, como si estuviese pensando en otra cosa. Su rostro estaba extremadamente serio; su gesto denotaba cansancio, y no parecía feliz con aquel interrogatorio—. Me hizo un montón de preguntas que no pude contestarle. Luego, me fui... y no volví a verle hasta que apareció su fotografía en los periódicos, al día siguiente.

—¿Estuvieron mucho tiempo hablando? —preguntó el oficial de Homicidios, un sabueso de color con cara de boxeador profesional cuya inquisitiva mirada parecía perforar su misma alma, su cerebro entero.

—No mucho... Unos quince minutos —mintió fríamente, sacudiendo la cabeza como somnoliento—. Luego me marché. Me vieron salir algunos agentes en la entrada del edificio.

—Lo sabemos... —asintió el policía, sin dejar de mascar chicle ni un momento—. Le interrogó...

—No me interrogó —protestó el detective, interrumpiéndolo—; me preguntó...

—Está bien, le «preguntó» sobre su relación con la víctima, el sujeto abatido por nuestras fuerzas de SWAT dedicadas a la caza de esa bestia carnicera que campa por sus respetos en el West Side... ¿Qué respondió usted?

—Lo primero que le he dicho a usted sobre Mallory: que no tenía ni idea... No sé quién sería ese tipo y, francamente, tampoco me importa. Mi círculo de amistades se reduce a mi oficina y a mis clientes, a los que tengo que poner buena cara por fuerza. Las mujeres son otra cuestión.

—Me alegro, entonces —sonrió con ironía, torciendo apenas las comisuras de sus labios color café—. Francamente, a mí tampoco me gustaría conocer a un tipo que, después de ser acribillado a balazos y tomado por muerto, destroza por dentro su urna en la Morgue, logra salir y mata a dentelladas a dos agentes de la ley, esfumándose después sin ser visto.

Roerich palideció intensamente, mirando al policía negro como si hubiese visto a un

fantasma.

—Claro que esa es una posibilidad —siguió hablando, sin quitarle la vista de encima—. La otra es que alguien entrase en la Morgue, matando a ambos policías con la ayuda de un perro salvaje... o de un lobo, para apoderarse del cadáver después de destrozar la portezuela metálica del cajón. Es tan buena como la primera, y mucho más lógica. Porque lo cierto es que ese cadáver se ha volatilizado sin dejar rastro, dejando tras de sí, muerte, sangre... y una urna funeraria desgarrada como a zarpazos, casi arrancada de cuajo por algo que no podemos explicarnos. Tal vez usted sí...

—Lo siento —intentó controlarse, sintiendo sobre sí aquellos ojos que le escudriñaban—. No sé nada sobre ladrones de cadáveres... Ni tampoco sobre zombies o resucitados, inspector.

—Yo no pensaba ni en una cosa ni en la otra, Roerich. Pensaba en algo muy diferente... Algo relacionado con lobos... y con hombres, pero si plantease tal posibilidad me echarían del Cuerpo, como hicieron con usted, así que será mejor olvidarlo.

—Sí, inspector, es mejor olvidarlo; esas cosas a las que usted se refiere no existen.

Nunca han existido, salvo en nuestras pesadillas...

* * *

La puerta de cristales ahumados se abrió.

Benjamín Slaughtern quitó su cansada vista llena de dioptrías de las amarillentas, gastadas páginas del viejo libro que acababa de comprar unos días antes en la universidad de Georgia y miró hacia allí. Era el dueño de aquel extraño establecimiento, de aquella tienda llena de cosas raras e interesantes por lo que tenían también de inquietantes unas veces, misteriosas otras y antiguas en su mayoría. Allí había de todo. De todo lo que resultase extraño, arcano, cargado de siglos, de misterio, de leyenda.

Porque Slaughtern era un coleccionista de esa clase de cosas. Había quien le llamaba anticuario. Otros, mercader. Todos estaban equivocados. El amaba todo aquello, disfrutaba contemplando todo lo que allí había, pero compartía aquellas cosas de su colección con gentes que, como él, coleccionaban o deseaban comprar algo parecido. Todo lo vendía, porque su auténtica colección, lo más valioso para él, no estaba allí. Salvo aquel libro, que tampoco estaba a la venta.

Máscaras horrendas, de tribus perdidas en la distancia, lo miraban todo desde las paredes. Objetos extraños, cruces satánicas, velones negros, muebles adornados con figurillas demoníacas, cuadros espeluznantes, describiendo paisajes de auténtico infierno, amuletos, panoplias con grandes espadones, brillantes armaduras

como celosos guardianes, alimañas disecadas, estanterías llenas de libros sobre temas prohibidos… Abundaban esas cosas en la semipenumbra de la tienda, además de los muebles viejos pero bien cuidados y los objetos puramente ornamentales que pueden hallarse en cualquier tienda de antigüedades.

Sólo Benjamín Slaughtern, el bueno y viejo de Ben, rompía el ambiente lúgubre y casi místico.

El hombre que acababa de traspasar el umbral era todavía joven, aunque el negro de

sus cabellos comenzaba a tornarse plateado en las sienes y su rostro intensamente pálido estuviese marcado por el sufrimiento, dando una dureza inusitada a su mirada. Por lo demás, no parecía el tipo de cliente que Benjamín estaba acostumbrado a tratar.

Cerró el libro y se dirigió hacia el recién llegado. El hombre tenía la mirada perdida entre los artículos allí expuestos a la venta, pero no observaba nada concreto.

—¿Desea algo, caballero?

—Balas de plata —fue su sorprendente respuesta—. ¿Tiene?

—Sí, creo recordar que sí... —pareció pensativo el vendedor—. Me parece que tengo algunas. Pero son caras.

—No importa.

—Espere un momento, entonces.

Benjamín Slaughtern se perdió en la trastienda durante algunos minutos. Su cliente permaneció allí, tenso. Parecía enfermo, pero tal vez sólo era una impresión del viejo Slaughtern.

Cuando regresó, traía consigo un rifle de caza mayor, con teleobjetivo, y una cajita forrada con sedosa piel negra. En su interior, brillantes como mágicas estrellas de fábula, había hasta media docena de proyectiles de plata, que el viejo y delgado coleccionista no dudó en enseñarle mientras mostraba una amplia sonrisa.

—Esto lleva mucho tiempo allí dentro —comentó—. Desde que un tipo algo chiflado me las encargó y no vino a buscarlas. Quería cazar hombres-lobo... Estaba loco, naturalmente.

El hombre puso un fajo de billetes en su mano. Slaughtern ni los contó. Sólo los miró con aire distraído y entregó ambas cosas al comprador.

—¿Qué es lo que quiere cazar usted?

No pareció oírle mientras metía una a una las balas en la recámara, fruncido el ceño, apretadas las mandíbulas, como si al mismo tiempo pensase en lo que debía hacer y no le importase nada más.

—Hombres-lobo...

Slaughtern no pareció sorprendido. Ni tampoco miró a su cliente como si estuviese loco. Sabía demasiado de ciertas cosas para tomárselas a broma, y ahora comprendía más al hombre que tenía ante sí.

—Yo no lo haría, amigo mío. Ni siquiera puede estar seguro de que esas balas den resultado... Sin embargo, su vida es suya, puede hacer lo que quiera con ella. Incluso perderla... Pero, si va a enfrentarse con ellos, no tenga miedo, sostenga su mirada. Una presa con pánico es víctima segura de los lobos. Y esos seres, ante todo, son lobos.

—Sí —asintió, grave su expresión—, ante todo son lobos.

Y salió de allí, seguido por la mirada del coleccionista. Iba a matar; o. tal vez, a morir. A morir entre las fauces de los lobos...

*

*

*

—¿Te marchas?

Roerich miró a Dora, su fiel y siempre voluntariosa Dora, la morena tejana con fuego en

la sangre y mirada henchida de pasión. Estaba anocheciendo una vez más. Las calles de Manhattan se contagiarían con la negrura de los cielos, y sólo las luces artificiales podrían mitigarlo en parte, iluminando fachadas y asfalto, vehículos estacionados y, de vez en cuando, alguna sombra furtiva de ojos luminosos. Y personas también, pues la vida no termina de noche y hay quien tiene en ella su refugio, su felicidad.

—Si, pero no me preguntes a donde —contestó—. No te lo diría, de todas formas.

—¿Tan poco confías en mí, que últimamente te marchas sin decirme nunca nada? ¿Qué ha sido de nuestra amistad, de todo lo que nos une?

—Lo siento, Dora... Créeme, lo siento.

La dejó allí, sumida en dudas y tristeza, llorando tal vez. Sabía que era un estúpido, que lo había sido durante mucho tiempo... Y que tal vez nunca volvería a verla. Pero no regresó.

Circuló por calles muy transitadas a aquellas horas, a buena velocidad, para después dirigirse directamente al West Side, al puerto de Nueva York, a su oscuridad, al murmullo de sus aguas, al crujido del maderamen de los barcos... Y, muy posiblemente, al horror.

Cuando se detuvo, frente al callejón que tan bien conocía para su desgracia, todo estaba silencioso. La luna seguía allí. Y, con ella, vendrían sus monstruosos vástagos, las criaturas de las tinieblas que parecían haber hecho de aquel su dominio.

Hacía frío. Más frío que nunca, tal vez, aunque lo más probable es que sólo fuese una impresión suya. Acarició el rifle, que descansaba apoyado en el otro asiento, mirando en tomo sin salir del vehículo.

Bajó el cristal lateral.

Y, en ese momento, algo negro, frío, metálico, se apoyó en su sien, sobresaltándole. Un revólver, una mano empuñándolo, un rostro conocido mirándole, burlón...

—Haga el favor de salir, míster Roerich —oyó una voz desagradable, inolvidable, como el quejido lastimero de una bisagra oxidada—. Y no se le ocurra echar mano a su arma. Sólo queremos hablar...

Apretando las mandíbulas, mirando siempre en torno con expresión preocupada, obedeció. No se había equivocado. El que le apuntaba era aquel matón con cara de piedra, que no le quitaba la vista de encima, atento a cada uno de sus movimientos. Algo más allá, armado también, pudo ver al otro, el de raquítico bigote y rostro de múrido. Y también el gordo de Ashton, su anterior cliente, acercándose hacia allí.

—Volvemos a vernos. Roerich, tal como le aseguré...

—No sabe cuánto lo lamento —fue su seco comentario—. ¿Qué es lo que quieren ahora?

—Lo mismo de antes, míster Roerich —respondió Ashton, poniéndose ante él con toda su humanidad—: Encontrar a mi hija. Díganos donde está y se ahorrará problemas. Niéguese y… bueno, creo que los asesinatos son muy frecuentes últimamente en esta zona.

—¿A eso llegaría para encontrar a alguien que le desprecia con toda su alma, que no es ni siquiera suya y por la que nunca se interesó? Ahora está con los suyos, Ashton, con la manada.,., y es feliz. Déjela…

—¡Entonces… usted sabe donde está!

—Sí, lo sé. Pero ya no hace falta que la busque, Ashton; está aquí, esperando…

Un gruñido espeluznante heló la sangre en sus venas. Estaban allí... Roerich pudo verlos con toda claridad, majestuosos y altivos como los supremos cazadores que eran, brillantes los colmillos y sus ojos rojizos. Y también los vieron ios tres hombres que hasta entonces parecían tan seguros de sí mismos. Y las suyas eran miradas de pánico, fijas en los grandes cazadores, en los primeros habitantes de aquellas tierras que luego el asfalto invadió.

Los lobos... La manada entera, rodeándoles, formando un círculo mortal en torno a ellos. Lobos de pelambrera rojiza, grises.... e incluso uno blanco, enorme, que por su aspecto debía ser el jefe de la manada. Todos ellos mirándoles con odio bestial, avanzando hacia ellos con lentitud.

El pánico explotó. Ashton intentó huir, soltando alaridos de terror primordial al viento.

Sus dos matones, asustados hasta lo indecible, alzaron sus armas para disparar.

Ni uno ni otros lograron sus propósitos. Como si leyeran sus pensamientos, como si supieran de antemano lo que intentaban, los cazadores saltaron sobre ellos como huracanes de muerte, sin demostrar una piedad que no podían conocer. Eran lobos... y ellos, presas indefensas, no más que unos pobres cervatillos víctimas de su propio terror.

Dos lobos cayeron sobre Ashton, destripándole a feroces dentelladas, sin cesar éste de chillar lleno de pánico y dolor, como lo haría también un cerdo degollado. Y sus hombres no tuvieron mejor suerte. El de bigotes vio venir hacia él, saltando por encima del au- tomóvil, a otra de las bestias, pero no pudo evitar que aquellas mandíbulas se cerrasen con seco chasquido en su garganta.

El otro perdió primero su diestra, brutalmente cercenada de un mordisco, que voló junto con su revólver., dejando una estela de sangre. Sacudido por el dolor, aterrorizado hasta el paroxismo, retrocedió gimoteando... y el lobo blanco destrozó su garganta.

Después, los gritos de agonía cesaron y sólo hubo silencio. La sombra alada de la Muerte revoloteó sobre la sangre derramada, sobre los cuerpos desgarrados y rotos.

Roerich aferró su rifle y lo llevó hasta su rostro, crispado el índice en el gatillo. Apuntaba al lobo blanco, al jefe de la manada, que gruñó al ver su acción. Tenía los dientes apretados, la faz sudorosa y lívida, crispada en una mueca de odio, de decisión firme de matar.

Pero no disparó.

Durante tensos instantes, hombre y lobo se miraron con el cañón del arma entre ambos. Roerich sabía que si disparaba sería su muerte cierta, que tirar del gatillo era firmar su condena.

El lobo dejó de gruñir. Miró a Roerich con fijeza... y aulló a la luna,

larga, quejumbrosamente.
«Son, ante todo, lobos…»
«… se ocultan en una ciudad como Nueva York, sin ser vistos hasta que es demasiado tarde…»
«No es natural.»
¿Natural?
¿Quién puede saber más de la Naturaleza que un lobo? ¿Quién…? ¿El Hombre, tal vez, su destructor, su verdugo, el más fuerte de los animales?
¿O los lobos?

Una nueva raza de lobos… Los más fuertes… Jungla de asfalto, lobos… y presas.

Bajó el cañón del arma, sin dejar de mirar al gigantesco lobo blanco. Volvió a aullar. Y, esta vez, todos los demás le secundaron, lanzando su bestial sinfonía a la noche, a los vientos de un mundo gris y sucio, violento e hipócrita, al que ellos no pertenecían.

Después, se perdieron en la oscuridad, dejándole solo, mirando cómo se marchaban quién sabe a dónde. Tal vez para no volver. O quizá sí… En todo caso, contra ellos no se puede luchar.

F I N

